HILANDO CONFIDENCIAS - Serie Talleres Virtuales

HILANDO CONFIDENCIAS

Las ganadoras del Premio Nobel de Literatura, conjugadas



Escritos del taller virtual
dirigido por Juan Manuel Chávez

HILANDO CONFIDENCIAS
Las ganadoras del Premio Nobel de Literatura, conjugadas

Escritos del taller virtual
dirigido por Juan Manuel Chávez

Serie
TALLERES VIRTUALES

Primera edición, FCE, Perú, setiembre 2020

Distribución mundial

© 2020, Abraham Virhuez
© 2020, Carmen Pachas Piélago
© 2020, Cecilia Aurora Flores Cieza
© 2020, Celeste D' Addieco Ponce
© 2020, Giovanna Signori
© 2020, Javier Bolaños Policarpio
© 2020, J. J. Bolaños
© 2020, Jully Crispín Rojas
© 2020, Lupe Jara
© 2020, Magally Rojas Aramburú
© 2020, Patricia Osorio Dominguez
© 2020, Rafaela Delgado
© 2020, Sara Vilchez
© 2020, Sonia Rico
© 2020, Violeta Gonzales Blanco
© 2020, Zoinda Vergaray

D, R, © 2020, Fondo de Cultura Económica del Perú S. A.
Berlín, 238; Miraflores, Lima 18
www.fceperu.com.pe

Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México

Compilador: Juan Manuel Chávez
Producción: Productora Odiseo
Diseño y diagramación: María Adelaida Turpo Córdova
Corrección de estilo: Martín Barrera Tello
Ilustración de portada: © Daniel Maguiña

ISBN: 978-612-4395-12-3
Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2020-05562.

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra -incluso el diseño tipográfico y de portada-, sea cual fuere el medio, electrónico o mecánico, sin el consentimiento por escrito del titular de los derechos .

Índice

Presentación.....8
Prólogo.....9

Abraham Virhuez
Colapso estructural.....18

Carmen Pachas Piélago
Todo empezó con un ganso (¿o sería una oca?).....23

Cecilia Aurora Flores Cieza
Más allá del sistema.....30

Celeste D' Addieco Ponce
Deledda: la importancia de un cráter en Venus.....38

Giovanna Signori
La pecera de Ester.....46

Javier Bolaños Policarpio
Al otro lado de Júpiter.....53

J. J. Bolaños
Golpe criollo.....58

Jully Crispín Rojas
Pluma de mujer.....63

Lupe Jara
Tribu femenina.....70

Magally Rojas Aramburú
Intimo.....77

Patricia Osorio Dominguez
Las Nobel en mis días de julio.....84

Rafaela Delgado
¿Mujeres valientes
o inteligentes?.....90

Sara Vilchez
Una aparente dicotomía:
Herta y Alice.....98

Sonia Rico
Fragmentos de correspondencias
conmigo misma mientras
me miro al espejo.....104

Violeta Gonzales Blanco
La libertad de ser tú misma,
las Nobel.....111

Zoinda Vergaray
Decididas a aprovechar
nuestra oportunidad 119

JUAN MANUEL CHÁVEZ

Nació en Lima, Perú, en 1976. Escritor e investigador, sus publicaciones más recientes son la novela *Cassi, el verano* (Planeta, 2018) y el estudio *Radiografía de los estilos de vida en Europa* (OBS Business School, 2019). Novelista, cuentista y ensayista, ha sido galardonado en cada uno de estos géneros con el Premio de Ensayo de Radio UNAM (Universidad Nacional Autónoma de México), la mención especial del Premio Nacional de Literatura (categoría LIJ) por *El barco de San Martín,* la Bienal de Cuento para Niños del ICPNA y el Premio Copé de Plata, entre otros.

Es licenciado en Literatura, diplomado en Docencia en Educación Superior y máster en Derechos Humanos (cursó unos años la carrera de Ingeniería Civil). Sigue el programa de Doctorado en Lenguas, Literaturas, Culturas y sus aplicaciones en la Universidad de Valencia y es investigador de la Unidad de Estudios Biográficos de la Universidad de Barcelona. El año pasado gozó de una estancia en el Instituto de Literatura Hispanoamericana de la Universidad de Buenos Aires y, a la fecha, es beneficiario de los Estímulos Económicos para la Cultura que otorga el Ministerio de Cultura del Perú, con los cuales realiza su proyecto sobre Premios Nobel de Literatura, trabajo de investigación y creación que ha servido de fuente para el taller virtual sobre las galardonadas por la Academia Sueca. Entre sus colaboraciones con el Fondo de Cultura Económica destaca su rol como presidente del jurado del Premio de Ensayo "Una idea de Hispanoamérica" en 2017.

Presentación

Promover la literatura y la cultura es la razón de ser del Fondo de Cultura Económica, y más aún en tiempo difíciles como los que estamos pasando por la pandemia del covid19. Hoy nos renovamos en todas nuestras actividades de promoción de la cultura.

El presente libro es producto de los talleres virtuales organizados por el Fondo de Cultura Económica, espacios de encuentro de escritores de renombre con personas que desean explorar sobre la creación literaria en sus distintos géneros. Los textos publicados en este libro virtual pertenecen a los alumnos de los talleres, quienes nos acompañaron en sesiones virtuales donde además de aprender, fueron trabajando sus textos con la guía de nuestros escritores. El Fondo de Cultura Económica se complace en presentar este libro virtual de descarga gratuita en medio de una pandemia, como símbolo de la resistencia cultural y del amor por la literatura. Además de presentar con entusiasmo a estos nuevos autores en la escena literaria.

Gustavo Rodríguez Elizarrarás
Director Fondo de Cultura Económica Perú

Prólogo
Un vecindario literario

Todas las obras de arte, y el arte
en general, son enigmas.
THEODOR ADORNO

Manya Sklodowska nació en Polonia, un país que en 1867 estaba descuartizado y sin soberanía. Wladyslaw, su padre, fue profesor de Física y de Química; Irène, su primera hija, llegaría a ganar un Premio Nobel en 1935. Gente de ciencias.

Varsovia, la capital donde creció Manya Sklodowska, tampoco gozaba de autonomía: el Imperio ruso iba imponiendo su lengua y sus reglas; por ejemplo, prohibir a las mujeres el ingreso a la universidad. Si el colegio fue un calvario para ella —no solo por restricciones educativas, también por la muerte de su madre y de su hermana—, verse privada de pasar a los estudios superiores equivalía a una agonía.

Manya Sklodowska fugó a París. Ella cargó con lo que tenía ahorrado hasta entonces y emprendió sola un camino de 1500 kilómetros por tres países; tenía 24 años. En Francia no perseguía otro objetivo de vida que la Universidad de la Sorbona y ahí cursó no una, sino dos carreras. Cuando se graduó decidió volver a su patria para colaborar en la oposición de sus compatriotas contra el Imperio ruso.

Esta polaca que había cruzado los límites de las convenciones y eludido las barreras de las exclusiones, regresó a Varsovia para sumarse a la resistencia; a su vez, pretendía un empleo acorde con el nivel interdisciplinario de sus conocimientos. Si bien consiguió incorporarse al propósito colectivo de la emancipación nacional, no encontró instituciones ni laboratorios donde pudiera asegurar su prosperidad individual. Lo más extraordinario de este regreso a los orígenes es la claridad con que afronta la disyuntiva: Manya Sklodowska cae en la cuenta de que lo mejor que podía intentar por su país era ser la mejor en lo que mejor hacía.

Años después, inmersa en la academia francesa y casada con Pierre Curie, la polaca detalla en sus notas autobiográficas los avances de sus investigaciones en tándem "acerca de una nueva sustancia radiactiva contenida en la pechblenda"; el 18 de julio de 1898 precisa que "Si la existencia de ese nuevo metal se confirma, proponemos llamarlo «Polonio»"*. Y así lo denominó Marie Skłodowska Curie, Premio Nobel de Física en 1903 (junto con su esposo) y Premio Nobel de Química en 1911. Sus revanchas las emprendió con la autoridad de su saber científico, granjeándose una voz de resonancia mundial.

Así como fue impresionante la vida de Marie Skłodowska Curie (nombre con que figura en su diploma del Premio Nobel de 1911, aunque se popularizó llamarla de manera abreviada con el apellido del marido: Marie Curie), también lo es su obra. Lo suyo es trascendente, además de inspirador. Esto pasa con la ciencia, y pasa también con engranajes tan sofisticados como la literatura.

Tal como la ciencia, la literatura es capaz de desentrañar una verdad bastante honda y afinar preguntas hacia las cuestiones más escurridizas e incluso atemorizantes. Si la ciencia lo hace con fórmulas y ecuaciones, la literatura lo consigue con algo tan natural y a la vez complejo como las palabras. Pero así como la ciencia puede ser impenetrable para la mayoría de la gente, la literatura es un enigma que es capaz de tocar la sensibilidad de una inmensidad de personas. Que haya impenetrabilidad no impide que el conocimiento científico impacte en la vida de tantísimos, que haya enigma no impide que la exploración literaria sea necesaria para la configuración de nuestra humanidad.

Hilando confidencias se adentra en el paisaje inmenso de la literatura universal y entreteje a partir de piezas clave: las escritoras, quince a la fecha, que ganaron el Premio Nobel de Literatura que otorga la Academia Sueca, desde la primera en 1909, de Suecia justamente, hasta la más reciente en 2018, de Polonia, tal como la icónica Marie Skłodowska Curie. Las prosas que siguen se adentran hacia un horizonte letrado que parece tan lejano en territorio o en tiempo, aunque se adentran con una in-

clinación al asombro y tal espontaneidad testimonial que convierten las frases en latidos. Siendo un libro, tremola como un cuerpo vivo.

En *Hilando confidencias* escriben J. J. Bolaños, Javier Bolaños, Jully Crispín, Celeste D'Addieco, Rafaela Delgado, Cecilia Flores, Lupe Jara, Violeta Gonzales, Patricia Osorio, Carmen Pachas Piélago, Giovanna Signori, Sonia Rico, Magally Rojas, Zoinda Vergaray, Sara Vílchez y Abraham Virhuez; y el primer mérito en conjunto es la capacidad para enaltecer la cualidad desafiante, trasformadora y placentera de la lectura.

Este libro, producto del taller "Las Nobel, 15 literaturas para hoy" desarrollado en julio del año confinado de 2020, es una confitura sugestiva por el dulzor con que brota la evocación anecdótica en la mayoría de las prosas; a su vez, es un dispositivo de reflexión ideológica por varias de sus propuestas y, qué duda cabe, adopta la forma concentrada y sigilosa del susurro íntimo en algunas. Estas páginas han germinado a partir de las lecturas de fragmentos y discur-

sos de Selma Lagerlöf (Nobel en 1909), Pearl Buck (1938), Grazia Deledda (1926), Sigrid Undset (1928), Gabriela Mistral (1945), Nelly Sachs (1966), Nadine Gordimer (1991), Toni Morrison (1993), Wislawa Szymborska (1996), Doris Lessing (2007), Elfriede Jelinek (2004), Herta Müller (2009), Alice Munro (2013), Svetlana Alexievich (2015) y Olga Tokarczuk (2018); sin embargo, se ramifican más allá de la ponderación biográfica, el análisis literario y la valoración textual, hay un despliegue de memoria con su flujo de confrontación e incertidumbre.

Que son 15 las mujeres que han recibido el Nobel de Literatura. Que 5 de ellas están todavía con vida, ampliando su obra. Que 5 tienen por lengua literaria el inglés, aunque nacieron en lugares tan distantes como Sudáfrica, Irán o Canadá. Que solo una de las premiadas escribe en español (siendo la segunda lengua materna del mundo, después del chino mandarín que no tiene una sola ganadora). Que esto y aquello… contrastes contables que se pueden establecer a partir de datos interceptados o yuxtapuestos sobre el premio

que concede la Academia Sueca, una aritmética que está muy lejos de *Hilando confidencias*. Aquí se pela una fruta tras otra y desnudas se trozan, mesa servida para merendar.

Participaron en el taller más personas de las que firman este libro, y estas prosas también se deben a la interacción semanal con aquellas que no alcanzaron a escribir; a fin de cuentas, la literatura es tanto el arte de callar como la destreza en el decir. Así, cada quien ha compuesto tres o cuatro páginas desde un mundo interior en estrecha relación con una multiplicidad de referentes, desde familiares del pasado más remoto hasta las escritoras universales. *Hilando confidencias*, por la proximidad que alcanzan sus abordajes temáticos y la familiaridad con que discurre, es también un vecindario; como tal, un espacio en que se dialoga. Lo digo mejor: aquí está una invitación a dialogar.

---

* La cita proviene del "Estudio sobre los cuadernos de laboratorio del descubrimiento del Polonio y el Radio" de Irène Joliot-Curie, la hija y Premio Nobel, contenido en el libro *Escritos biográficos de Marie Curie* (Universitat Autònoma de Barcelona, 2011, p. 224).

TESTAMENTO DE ALFRED NOBEL

La totalidad de lo que queda de mi fortuna quedará dispuesta del modo siguiente: el capital, invertido en valores seguros por mis testamentarios, constituirá un fondo cuyos intereses serán distribuidos cada año en forma de premios entre aquellos que durante el año precedente hayan realizado el mayor beneficio a la humanidad. Dichos intereses se dividirán en cinco partes iguales, que serán repartidas de la siguiente manera: Una parte a la persona que haya hecho el descubrimiento o el invento más importante dentro del campo de la Física; una parte a la persona que haya realizado el descubrimiento o mejora más importante dentro de la Química; una parte a la persona que haya hecho el descubrimiento más importante dentro del campo de la Fisiología y la Medicina; una parte a la persona que haya producido la obra más sobresaliente de tendencia idealista dentro del campo de la Literatura, y una parte a la persona que haya trabajado más o mejor en favor de la fraternidad entre las naciones, la abolición o reducción de los ejércitos existentes y la celebración y promoción de procesos de paz.

Firmado en el Club Sueco-Noruego (París, 27 de noviembre de 1895).

Colapso estructural

Abraham Virhuez

Juanma estudió en la Universidad Nacional de Ingeniería, y luego lo dejó. Yo aspiré a estudiar ahí, pero nunca postulé; una beca giró mi vida hacia la Universidad Católica. La UNI es el símbolo de la ingeniería en el Perú, pero tal vez en las conversaciones del taller el único rasgo ingenieril que queda sea el número 15, por una necesidad de cuantificar la información.

Mi atracción significativa por las letras comenzó en la universidad; sin embargo, nunca decidí dejar la ingeniería, y no es que me lo impidieron los fines prácticos como le sucede a Wang Lung de *La buena tierra*; jamás racionalicé tal opción de esa manera, simplemente me dejé llevar por la pasión, que también fue la manera como elegí estudiar ingeniería… sin embargo, adoptó un matiz adicional de amor prohibido y temporal. Con esa temporalidad, que cada vez se extiende, leo aunque no me obligo a escribir. Intuyo que en algún momento y como continuación de la escalera sentiré la pasión por escribir.

Si bien leí casi todos los textos en digital para cada clase del taller "Las Nobel, 15 literaturas para hoy", no fue hasta que los imprimí, los encuaderné (aunque sería más precisa utilizar la palabra "enlibré") y releí con su olor a libro cuando disfruté; entonces, fluyeron las lecturas con la naturalidad y el placer de siempre.

En el taller, que es el primero sobre literatura que llevo, descubrí que para mi cerebro la literatura está representada a través de libros físicos, alejado de la tecnología y hojas sueltas aleatorias.

Mis lecturas son las hojas de un árbol silvestre, guiadas por la naturaleza de mi mente: mis curiosidades, mis "no sé" de Szymborska. Antes de turismo en el extranjero, primero tienes que conocer tu país, esa es la lógica no impuesta con la que crecen las ramas, por ello mis mayores acercamientos están en Latinoamérica con algunos viajes ocasionales de explorador a tierras más lejanas. Una de esas exploraciones fue este taller, que incluía como *kit* de bienvenida *El bolso de Ana Karenina*, que más parece el saco de Papá Noel, pues en este bolso caben demasiadas cosas.

Corresponde decir que no fui consciente de lo que significaba que abordaríamos mujeres en el taller. Si se hubiese utilizado otros criterios para la elección de los escritores a explorar, mi curiosidad e interés habrían sido los mismos. ¿Cómo habrían procedido mis compañeros y compañeras? Antes del taller, había leído a muy pocas mujeres por la misma razón que no leía a escritores de tierras lejanas: la dificultad de entender su mundo. Ello no significa que no las pensase leer, solo que creía que ahora no era su tiempo.

Cada sesión del taller generaba fisuras estructurales, pero estos 15 viajes exploratorios a tierras lejanas han generado que estas fisuras crezcan y se transformen en grietas, que al agrandarse tanto empiezan a entrelazarse y se genera un colapso estructural generalizado e irreparable. A partir de ahora, mi lado literario valorará más al lado ingenieril, se quejará menos por el robo del tiempo, pues al entrar en una librería la lista de pendientes para llenar el bolso ha crecido desmesuradamente (me pregunto qué opinaría Jelinek de esta relación).

Por comodidad, decidí no exigirme en participar, amparado por Arguedas, Rulfo y Onetti. Me sien-

to identificado con Undset, al decir que escribe más fácilmente de lo que habla, aunque eso no quiera decir en mí caso que escriba como ella. Felizmente no existía nota de participación. Y no he tenido que escoger entre exponer mis ideas o no considerar la nota de participación en mis notas finales. No quise verme obligado a distraerme en estructurar ideas para exponer en 90 segundos, que es lo que Juanma asignaba como tiempo para las intervenciones en clase; y no es que no tenga la capacidad de improvisar ideas, sino que preferí no distraerme. El tener la obligación de participar de antemano, me obliga a estructurar mis ideas, a esculpir las palabras para luego exponer. Es más cómodo para mí ser un periférico, quien contempla de manera invisible con libertad para una observación imperceptible ante la pluma humana de Flaubert, el oído de Alexievich o el ojo de Juanma (en las sesiones del taller).

La elección de los ganadores del Premio Nobel está influenciada por el contexto que se vive. Y si bien ello puede significar algunas injusticias en la decisión, provoca la búsqueda en tierras lejanas como hace referencia Gabriela Mistral en su discurso ante la Academia Sueca. Provoca que

los “Gansos Salvajes de «Nils Holgerssons»” vuelen a todos los paisajes del mundo como es el deseo de Peter Handke, que se está cumpliendo, al menos para mí, pues los gansos han volado hasta mí a través de este taller.

Al finalizar el taller, quedan calados en mi alma, los ideales de cada una de las escritoras abordadas (la capacidad de Morrison para analizar al Otro, por mencionar un ejemplo), las cuales conquistaron su oportunidad de ganar el Premio Nobel y que sus voces llegaran por los gansos a lugares más alejados. Pero, a la vez, de la búsqueda de escritoras que no tuvieron esa oportunidad, pero SÍ TIENEN UN PAÑUELO.

Todo empezó con un ganso (¿o sería una oca?)

Carmen Pachas Piélago

No recuerdo exactamente cuántos años tenía cuando tuve en mis manos ese libro de tapa dura color celeste que me regaló mi madrina diciéndome: "Es *El maravilloso viaje de Nils Holgersson a través de Suecia.* Lo escribió Selma Lagerlöf, premio Nobel". Ella sabía que me encantaba leer. Pero este libro en particular, debía ser muy importante, ya que recalcó la palabra "Nobel" y yo, la verdad, es que no sabía exactamente qué significaba: a lo sumo entendía que era un premio muy importante. Lo que recuerdo es que cada vez que tomaba el libro, yo era Nils y viajaba encima del ganso (¿o sería una oca?), contemplando increíbles paisajes desde el cielo. No eran los mismos gansos que mis papis habían visto descender en una laguna de Québec un tiempo después, pero eso no tenía la más mínima importancia. Yo me aúno al mensaje del austriaco Peter Handke, quien, cuando recibe el Premio Nobel de Literatura en el 2019, termina así su discurso: "Selma Lagerlöfs' wild geese for ever".

Ya, más adelante, explorando lugares más lejanos, me introduciría en la cultura china, a través de *La*

buena tierra de Pearl S. Buck, que leí en la biblioteca de mi colegio, a la que era asidua concurrente con mi mejor amiga y bajo la complicidad de la bibliotecaria, que nos dejaba llevar a casa todos los libros que queríamos. La mayoría de publicaciones que escogía eran en inglés, aunque *La buena tierra* la leí en castellano. Y tal vez allí, frente a esas páginas, tomé conciencia del verdadero valor de la tierra. Debo mencionar que, en ese entonces, no leía a muchos autores peruanos; sin embargo, eso no duraría toda mi vida. Ya fuera del colegio, leí (y digo leí y no releí) a José María Arguedas. Su espíritu sería el responsable de que mi vida diera un tremendo e inesperado vuelco. Ahí llegaremos después.

La pequeña Pecola en *Ojos azules* de Toni Morrison no los tenía azules como Shirley Temple, y esa era la excusa para que se sintiera fea y "no querida". Sentimiento totalmente opuesto a mi relación con Shirley Temple, con quien mi familia me relacionaba por mis hermosos rulos. De haber conocido a Pecola de niña, en mi inocencia, le habría dicho que las tres teníamos rulos preciosos y que yo tampoco tenía ojos azules, sino oscuros y que no solo mis papis me querían mucho sino que también me quería

mucho la comadre de mi abuelita. "Es negrita", me había dicho abue, "y ella te tejió tus primeros zapatitos de bebé". Tal vez Pecola se hubiera sentido muy feliz. Más adelante conocería a Victoria Santa Cruz, a través de su obra "Negra soy", un grito de reclamo. No era morena, era negra, no era negrita, era negra. Me quedó clarísimo. "…seguirán habiendo más lenguajes…" decía Toni Morrison.

Mi primer encuentro con Mistral fue fugaz, como las tocatas y fugas de Bach. En 2017, estando en el Mercado Central de Santiago, recibí un regalo muy estimulante para mis inclinaciones literarias: un llavero con la imagen de Mistral en un lado y con la de Neruda en el otro. Fui a Chile y, buscando a Neruda, volví con él y su profesora. Profesora. En realidad, ella nunca estudió formalmente la carrera, pero tenía la vocación. En mi colegio, que era experimental, recibí una introducción a la formación docente y la oportunidad de aplicar lo aprendido en una escuela fiscal cercana. Nada haría presagiar en ese momento que, al jubilarse mi papi, yo solventaría mi carrera universitaria enseñando inglés. Al leer la introducción del libro *Lecturas para mujeres* de Mistral, experimenté sorpresa y alegría al ver una referencia a Selma Lagerlöf, la profesora de geografía, cuyo

libro de gansos y ocas me había acompañado de niña. ¿Casualidad o causalidad? (Profesoras, educación, niñas, libros, magia). Algunas de sus palabras calaron en mí más que otras. "No educa nunca lo inferior. Necesitamos páginas de arte verdadero en las que, como en la pintura holandesa de interiores, lo cotidiano se levante hasta un plano de belleza". Mientras la leía, en mi mente no solo bailaban las obras de Rembrandt; también, lo digo con franqueza y emoción, las bellezas prehispánicas que doy a conocer a los niños a través de mis cuentos.

El pañuelo del que habla Herta Müller en su discurso del Premio Nobel me conectó con recuerdos de mi infancia: las mujeres de mi familia acostumbraban llevar un pañuelito en el bolsillo o en la cartera. Yo dejé de usar pañuelo hace mucho tiempo, aunque todavía conservo una cajita con tres pañuelitos que me regaló una tía muy querida hace algún tiempo (los acabo de ver, dobladitos, blanquitos, sin amarillar a pesar del tiempo, con diseños de flores bordadas rosadas y rojitas). Recuerdo una frase de abuelita; ella contaba que los hombres de su tiempo llevaban varios pañuelos: uno como adorno en el bolsillo delantero de su terno, otro para sus fines personales y otro para ofrecer a la dama en

caso de necesidad. El romanticismo siempre me acompañó, hasta en pequeños detalles. Mientras Müller se aferra al pañuelo como un símbolo de cualquier objeto al que uno se aferra, en mi caso es un objeto a través del cual me traslado como un *flashback* a escenas de mi infancia. Tan solo es un pañuelo pero es tan poderoso que puede hacer que una tarde gris se llene de los alegres colores de esas florecitas que adornan mis pañuelitos.

Grazia Deledda nace en Cerdeña, en 1871, 13 años después que Lagerlöf y 20 años antes que Sachs. Me identifiqué totalmente con su descripción del ámbito cotidiano, su apreciación de lo cercano y su visión de lo verdaderamente valioso. Sus letras me llevaron al lugar exacto y yo caminaba entre los objetos, hasta tocarlos suavemente. Como si fuera el guión de la descripción de una escena de la película y yo participaba de la representación. Rescatar la vida del campo, tema de mi libro más reciente. La alusión a su educación me reconectó con mi abue, que solo accedió a primaria, pero que, al igual que a mí, le encantaba leer.

A sus 15 años, Nelly Sachs queda fascinada con *La saga de Gösta Berling*, primera obra en prosa de

Lagerlöf. Inmediatamente le escribió a la profesora sueca y así empieza una increíble relación. Sachs dedica su libro *Leyendas y relatos* a Lagerlöf, y ella agradece y la elogia. Esos eventos me hicieron recordar las tardes que pasé con la doctora María Rostworowski, conversando sobre niños, cuentos y leyendas, y el uso de un lenguaje adecuado para ellos. Nos acompañábamos con copas de vino tinto que ambas gustábamos. Le mostraba los avances de mi cuento *Aia Paec* y *los hombres Pallar* y escuchaba sus comentarios sobre los textos y las ilustraciones. Yo le mostraría mi admiración, con la inclusión de una de sus frases en las primeras páginas de mi libro. Cuando su salud no le permitió recibirme, yo le dejaba los cuentos que iba creando y que su enfermera le leería. Para concluir con Sachs, mencionaré que Lagerlöf junto con el príncipe pintor de Suecia serían los artífices para que Sachs y su madre pudieran refugiarse en el país nórdico en la II Guerra Mundial, y que Lagerlöf moriría en marzo antes de que Sachs llegara a Estocolmo. La doctora Rostworowski, también partiría en marzo, muchos años después, no sin antes sugerirme que haga validaciones cruzadas de datos y que estudie etnohistoria. Los validé, claro, pero ya a través de la mirada de José María Arguedas; porque es debido a sus letras que mi vida cambia totalmente y

redescubro a mi querido Perú, el profundo, el invisible, el desconocido, el no valorado por muchos.

Gracias a María Rostworowski y a las personas que me han acompañado para poder transmitir mejor cómo vivían los antiguos pobladores del Perú, a través de mis personajes e historias. Gracias a estas maravillosas mujeres, ganadoras del Premio Nobel de Literatura por haberme nutrido con su arte, manifestado en las distintas formas de escribir, en especial a Lagerlöf y a sus gansos y ocas. *Forever*.

Más allá del sistema

Cecilia Aurora Flores Cieza

Soy consciente de que, a lo largo de la historia, las naciones del mundo siempre han sido gobernadas por élites que imponen modelos políticos basados en ideologías, las cuales tienen la única finalidad de inducir a las masas poblacionales a acatar costumbres y comportamientos que favorezcan a sus gobernantes. Siempre fue así, y aún lo es. Por lo tanto, el desenvolvimiento social ha gravitado alrededor de un sistema, que no necesariamente ha sido armonioso en todas las épocas; pues, nunca han dejado de estar allí quienes se cansan del oscilar constante alrededor de lo mismo, ya sea porque saben que pueden ampliar su elíptica o porque hay algo más allá de todo eso.

Ese llamado es el "duende" o "la chispa divina", o como quieran llamarlo, que muy pocos seres humanos poseen y que los obliga a apartarse de la masa porque se sienten especiales o simplemente lo son; aunque se apartan de la muchedumbre no como un rechazo, sino como una manera de tomar una distancia que les permita

una mejor observación del mundo para expresar sus desacuerdos y proponer sus ideas, las mismas que pueden ser aceptadas o rechazadas por el sistema.

Estos seres, que saben acudir a ese llamado interno, son los grandes pensadores, filósofos, científicos y artistas, quienes con su genio creativo despiertan consciencias con el transcurrir de las épocas. Desde los primeros manuscritos y con el impulso que supuso la imprenta, son los libros la fuente de mayor conocimiento de la humanidad; allí están plasmadas las ideas que surgieron de esa chispa divina y que el hombre puede analizar.

Hasta hace doscientos años, solo el género masculino tuvo el privilegio casi exclusivo de plasmar sus ideas en libros, pero un buen día una mujer se dio cuenta de que esa chispa divina no era exclusividad de los hombres; también lo poseían ellas, o al menos algunas mujeres que ya escribían bajo seudónimos de varón para no levantar sospechas de rebeldía ante el sistema.

Jane Austen (Inglaterra 1775-1817) dio el gran paso de liberación femenina firmando sus novelas con

su propio nombre. Sus historias son una verdadera crítica de las costumbres de su época. Sus heroínas no se reprimen ante una sociedad donde la mujer estaba secuestrada; sin embargo, su teoría se debate entre lo que debe ser y lo que se querría que fuera, pues lo razonable y sensato de aquel entonces era casarse con alguien que asegure el futuro económico… lo incomprensible sería contraer nupcias al amparo del amor, despreocupada de las condiciones económicas.

Se diría que, a partir de Austen se inicia la lucha contra el juego de la doble moral, tan arraigado en el ser humano desde la noche de los tiempos. Y es así que surge una nueva tendencia en el género femenino, que es luchar por ganar derechos y ciertas libertades que nunca tuvo. ¿O en qué momento de la historia pasada los perdió?

Un siglo después que Austen diera ese paso emancipador, surge el Premio Nobel a diferentes disciplinas de las ciencias y letras para personas cuya obra signifique una contribución destacada a la humanidad. En los primeros años fueron galardonados solo hombres, hasta que en 1909 la escritora sueca Selma Lagerlöf (1858-1940) recibiera

este honor: la primera mujer en quien recayó el tan preciado Nobel de Literatura.

Lagerlöf transmitió en sus narraciones esa búsqueda de libertad interior que le mereció el "reconocimiento al altivo idealismo, la vívida imaginación y la percepción espiritual que caracterizan a todas sus obras". Su novela *El maravilloso viaje de Nils Holgersson* muestra en su estilo narrativo esa particular forma de la fantasía, que es una mezcla de lo sobrenatural con la crítica social. Su personaje es un adolescente que, impulsado por un hechizo, se ve en la necesidad de montar vuelo sobre un ganso y viajar alrededor de su país para dar cuenta de su geografía, costumbres y cultura; además, observando el comportamiento de los animales, se hace un mejor ser humano.

Debo admitir que mi recorrido por las vidas y obras literarias de las Nobel fue solo como una pasada de peine por una larga cabellera ondeada, pero que me ha permitido desvelar en algunas de ellas un común denominador; y no es precisamente el hecho de que todas son mujeres, sino que ellas buscan lo mismo, a pesar

de que sus experiencias literarias tienen que ver con épocas, lugares y costumbres diferentes.

Es como en un coro de voces que cantan una canción; estas voces van desde las más graves a las más agudas, cada una tiene su línea melódica que a su vez se amalgaman formando una única melodía con 'crescendos' y 'decrescendos' que confluyen en armonías que, asimismo, suenan como una sola voz. Esto es precisamente lo que hacen estas escritoras, pues cada una tiene un estilo particular de narrar una historia, la que su imaginación dicta, pero finalmente todas proponen algo equivalente: luchar contra el sistema de la doble moral.

Yo diría que desde Austen a la actualidad, ese debate entre lo que debe ser y lo que se querría que fuera, aún está vigente. Albert Einstein y Stephen Hawking expusieron el camino de la física cuántica para el avance tecnológico y el descubrimiento de otros universos; sin embargo, los sentimientos y emociones humanos siguen siendo primitivos, lo que las élites gobernantes aprovechan muy bien a su favor.

De pronto, surgen mentes provocadoras como la austriaca Elfriede Jelinek (1946), una escritora controversial, admirada por unos y odiada por otros; quizás porque no tiene el menor reparo en desnudar a la sociedad actual, de mostrar el lado oculto que todos conocen, pero que nadie se atreve a decir. Y contra viento y marea le otorgan el Premio Nobel de Literatura en 2004.

Mujer de posturas extremas es el calificativo que le dan algunos académicos a Jelinek, que es novelista, poeta, dramaturga, ensayista, guionista y activista feminista austriaca. Cada quien la crítica desde la visión de su propio universo interior. Su novela corta *La pianista* (1983), de carácter autobiográfico, es una historia de amor sui géneris muy intensa en emociones entre una madre y su hija; el libro llega a escenas brutales y que lindan con lo sexual, como demostrando hasta qué punto puede llegar la bestialidad humana.

La humanidad está atravesando momentos aciagos; el 2020 es una especie de desfase, no sé llamarlo de otra forma, quizás porque no entiendo a ciencia cierta qué está ocurriendo. Solo alcanzo a percibir incongruencias en el sistema. No es que alguna vez me haya parecido que el siste-

ma fuera correcto, nunca lo fue; sin embargo, al menos entendía su doble moral, lo cual permitía luchar contra lo que se conoce. Ahora hay todo un despliegue de contradicciones tan complicadas de entender como las catorce dimensiones y los universos paralelos que propone la teoría cuántica; o tal vez sea la onda de tiempo que nos lleva hacia atrás.

Lo cierto es que el sistema pretende introducir, entre otras cosas, un nuevo concepto de lenguaje: lo llaman "inclusivo", yo diría "mutante", como eso de "todos y todas" o "todes", que particularmente me resulta huachafo. Ya lo decía la estadounidense Toni Morrison (1931-2019) en su discurso al recibir el Nobel de Literatura en 1993, en que hace una severa crítica de cómo el lenguaje que le fue dado al nacer es manejado y puesto al servicio de diversos intereses y con nefastos propósitos.

¿Acaso el sistema pretende transformar al mundo en una especie de Torre de Babel? "Lenguaje sexista, racista, lenguaje teísta son todas formas típicas de las políticas de lenguaje de dominio, que no pueden y no permiten nuevos conocimientos ni el encuentro de nuevos intercambios de ideas

[…] lenguajes seudoempíricos maquinados para encerrar a las mentes creativas en jaulas de inferioridad y desamparo", manifestaba con severidad Morrison en su discurso.

Y sí que algo anda mal, ya lo decía la sudafricana Nadine Gordimer (1923-2014) en su discurso al recibir el Nobel de Literatura 1991. Estar aquí:

> […] porqué estamos aquí, a lo cual las religiones y las filosofías han tratado de responder en diferentes épocas, y la ciencia tentativamente trata de dar explicaciones luminosas y quizás vayamos a morir este milenio, como los dinosaurios, sin haber desarrollado la comprensión necesaria para entendernos como un todo.

Felizmente, siempre habrá seres pensantes que ven más allá del sistema, que lo escudriñan todo para explicar con coherencia los hechos históricos y las emociones humanas. Y también estarán aquellos quienes dejan volar su imaginación con historias que encierren mensajes altruistas para la humanidad. A pesar de todo, todavía hay una luz en el camino, y es esa chispa divina que algunos poseen y son los llamados a salvar a la humanidad.

Deledda: la importancia de un cráter en Venus

Celeste D' Addieco Ponce

Se tuo figlio scrive versi, correggilo e mandalo per la strada dei monti. Se lo trovi nella poesia la seconda volta, puniscilo ancora. Se va per la terza volta, lascialo in pace perché è poeta. Senza vanità anche a me è capitato cosi

La importancia de Grazia Deledda reside en la sencillez con la cual, de forma realista, describe la modesta y humilde vida rural de una pequeña parte de la Cerdeña donde nació la Barbagia. Es la única escritora italiana galardonada con el Premio Nobel. Autodidacta, no se le permitió estudiar más allá de la escuela primaria; Grazia Deledda es la tenacidad hecha persona, escribiendo desde el intimismo de una Cerdeña que para el resto de Italia era totalmente desconocida. Todavía estaba muy reciente la unificación italiana.

Si bien todos los libros de Deledda transcurren en su isla natal, cada uno tiene un encanto particular, especialmente la novela *Cósima*: es la misma autora que protagoniza libro, lleva su tercer nombre y es una obra póstuma. La autobiografía

in stricto sensu es una reinterpretación del pasado y responde a una actualidad sociocultural determinada al tiempo de su creación; así, en *Cósima*, nos acercamos a la representación del mundo rural de la Barbagia tal como lo entiende Deledda.

Cósima es un libro de prosa sencilla y de ritmo pausado con la que la autora nos abre la puerta a su infancia y, a través de los detalles, representa esa etapa formativa de su vida. La novela inicia con la pormenorizada descripción de la casa; se hace evidente que Deledda quiere que nos sintamos físicamente en ese lugar, que percibamos sus olores y sus sonidos, las emociones que una casa de piedra contiene.

Asimismo, *Cósima* se formula como una propuesta a tomar el tiempo como algo menos rotundo y lineal, incluso como si no transcurriera; entonces, las costumbres nunca cambian bajo este tiempo suspendido en un espacio que siempre existió y siempre existirá, como las "estrellas fijas" y el lucero del alba.

A medida que leemos *Cósima* nos asombramos con la enorme tenacidad de la protagonista para convertirse en escritora, a pesar de la sencillez que impregna la vida de esta niña en el entorno

de comodidades campesinas en la Cerdeña de fines de 1800. Dos puntos importantes en la novela: la hipocresía y la importancia de la tradición; por un lado había quien se escandalizaba de las ganas de escribir de Cósima, al margen del modo en que llevaba su propia existencia; por otro; la pobreza que padecían algunos habitantes de la ciudad, donde todos se conocían pero no se ayudaban.

La cuestión más importante en la novela es el papel de las mujeres en la sociedad patriarcal de Cerdeña, siempre en el centro del hogar: la cocina, esperando por el marido presente o futuro, y ese mantenerse al milímetro en la norma imperante, debiendo actuar siempre de forma sencilla. En *Cósima*, la figura de la madre es clave para que la protagonista descubra lo que desea hacer con su propia vida; sucede por oposición: aquella se dedica a tener muchos hijos, forzada a un matrimonio arreglado y que de distante pasa a ser una persona melancólica. Se atisba en la autora un feminismo intuitivo, no académico, si bien el movimiento sufragista ya estaba instaurado en Europa; sin embargo, en casa de Deledda, lo más probable es que el único periódico que llegara a sus manos fuera *L'Unitá Cattolica*, de inspiración católica y que se distribuía en todo el nuevo Estado monárquico italiano;

mientras que los libros de su padre no romperían el cerco de los clásicos contemporáneos y remotos: D'Annuzio y Alighieri, Homero y Virgilio.

Puedo imaginarme fácilmente a la niña Grazia leyendo la *Odisea*, seguramente sabía que el viajero Ulises tuvo que enfrentarse con unos gigantes antropófagos llamados "lestrigones" y, aunque no es fácil deducirlo, parece que la isla de Cerdeña es el lugar mencionado por Homero en esa batalla. La isla posee pues distintas grutas, la más famosa es la Gruta de Neptuno, y también la enorme Gruta de Bue Marino, que conserva pinturas rupestres y un río interior, así como el segundo más grande lago interior de toda Europa. Todos, posibles escenarios de la batalla del héroe de la *Odisea* contra los gigantes. Algo que sí es seguro es que, cuando Ulises llegó a Cerdeña, los gigantes lestrigones aún no hablaban sardo, la lengua materna de Grazia (que viene directamente del latín, y se dice que no ha sufrido las grandes evoluciones de otras lenguas romances, por lo demás, suena muy similar al catalán). Asumo que Ulises jamás imaginó que la isla se haría famosa en el siglo XX por las palabras de una mujer que, para mayor contraste, no tuvo más educación formal que la primaria; el querido y no tan que-

rido viajero griego nunca fue muy amable con las mujeres a lo largo de su vida, lo que reviste de gran pena al saber que las mujeres de la base del Mediterráneo suelen ser tan devotas esposas y madres, como su Penélope y la misma Grazia, quien dedica su vida únicamente a la familia y a escribir; esto último con mérito ejemplar: llegar a escribir un libro por año.

La acción de las novelas de Grazia transcurre siempre en Nuoro y alrededores, esta ciudad de Cerdeña con terreno agreste donde el sol cae incesante sobre colinas de roca desnuda, montañas, pasto amarillo, duro y, muy a lo lejos, un mar azul, que no podemos ver pero que intuimos. El suelo es infértil, donde no hay grandes extensiones de tierra productiva y el agua escasea, lo que vuelve la vida increíblemente difícil y toda subsistencia es compleja. En este escenario, los personajes de Grazia viven, sienten, aman y, claro, odian también; todo, influido por este escenario rudo y agreste donde el idioma italiano predomina, pero el sardo hace sus apariciones... se anuncia.

La vida de Grazia hasta dejar su isla y emigrar al continente está ligada a la tierra y las tradiciones, para bien y para mal. Intuyo que para ella, llegar

a inicio del siglo XX a una capital cosmopolita y rica como Roma habrá previsto un desafío personal enorme. Nada más mirar por la ventana en la mañana y no divisar ni montaña ni verdor, ni paz, debe haber sido muy triste para su espíritu sensible; quizás, me gusta pensar que así fue, quizá en la noche cambiaba un poco la cosa: en la Roma de su época la luna, las estrellas y Venus se veían perfectamente bien. La oscuridad siempre ayuda.

Curioso es saber que la Unión Astronómica Internacional nombra los accidentes planetarios siguiendo criterios ya acordados sobre un tema concreto, relacionados con la deidad asociada al planeta, y teniendo en cuenta todas las culturas del mundo. Visto que Venus es la diosa de la belleza, se decidió que los accidentes geográficos recibirían nombres relacionados con las diosas y los cráteres mayores de 20 kilómetros serían llamados como mujeres que hayan realizado una contribución fundamental en un campo o área del saber.

El planeta Venus es llamado de otros modos en distintos idiomas y lugares; es también la estrella vespertina y la estrella del alba, si bien es un planeta... un planeta caliente y sin satélites, y el

segundo contando desde el sol, muy similar a la Tierra en cuanto tamaño, pero con una presión noventa veces superior. Y, sobre todo, su movimiento es dextrógiro, contrario al movimiento de los otros planetas porque gira en el sentido de las manecillas del reloj. Se parece a Grazia Deledda va pues a contracorriente; ella, según la tradición, debería haberse casado muy joven (no lo hizo), no debería haber sido escritora (lo fue) y mucho menos hubiera tenido que denunciar las pequeñas fallas de la organización social de su rural Barbagia (motivo que le trajo enemigos en su propio pueblo). Suerte que la vida toma su rumbo, a pesar de cuanto los hombres y las mujeres quieran hacer con ella; la fama alcanza a los audaces. Grazia se convirtió así en escritora y llevó la fama del modo más sencillo posible; fascinante paradoja con que un cráter del planeta Venus lleve su nombre: en 1985, con las coordenadas 76,0° N 127,55° E, se nombra Deledda a un cráter.

En Venus, Deledda tiene un cráter por sus contribuciones sobresalientes al arte de la escritura. Nadie podría decir que falló. Aunque lo intentaron, y muchos creo yo, movidos más por modas literarias de carácter pasajero en vez de

un auténtico sentido de justicia. La justicia es una, es mujer y trasciende el tiempo como lo hace Grazia con su descripción de Barbagia y su cráter en Venus.

La pecera de Ester

Giovanna Signori

El taller empezaría a inicios de mes. Diablos, se me tenía que juntar con el cierre de ciclo en que reviso, literalmente, miles de exámenes. Tenía un especial interés en llevarlo, pues hacía años que no estudiaba cuestiones literarias. Y digamos que, las experiencias del pasado fueron variadas. La primera fue con un escritor extranjero, muy intelectual él, casi un muñequito de torta de boda; la segunda y la tercera, ¿un profesional nocturno de las crónicas?, ¿un periodista-escritor dedicado a la cultura? Debo ser franca, nunca he tenido paciencia. Pero si eres profesora, ¿cómo que no tienes paciencia?, pues no, al menos para mis propias cosas no las tengo: me dormí en la primera sesión de aquellos talleres y solo volvía al salón por las separatas, con el extra de la mirada criticona de quien dictaba el curso, y guardaba el material a mi estilo de cachivachera profesional.

No hay día en que no la recuerde. Ella vive en la casa grande. Nos juntamos dos veces por semana para hablar de mi semana y de algunos

chismes familiares. Hoy pensé en tomarle fotos (quiero juntarlo con mis otros dos rollos para llevarlos a revelar al Centro). Me sorprendió que asintiera fácilmente a posar para mí. En todas las fotos sale tiesa y forzando una risa. Y, pues, Ester ha cambiado un poco en estos tiempos, hoy sonríe un tanto más. Lo que no varía son sus conversaciones de historia, cine mexicano de la época de oro y ese interés en saber de mis amigos y mis pasos.

No quiero seguir contando mis demás experiencias talleristas. Puede que encuentren algunos nombres conocidos entre egos imposibles y algunas poses ridículas de "premio nobel". Hablando de nobeles, el taller que acaba de concluir es sobre mujeres nobel… y ya se terminó con algunas ausencias mías; nada más horroroso que esperar tanto para volver a creer en los talleres y, al regresar, tu cabeza está en el trabajo con el que sobrevives y la ansiada sustentación después de un año de haber terminado la tesis de maestría.

Ester utiliza lentes gruesos. Le encanta leer pero ya no puede hacerlo como antes. Su vista fue mermando poco a poco. La veía leyendo perseverante y arrastrándome por debajo de su cama, la movía para que creyera que era un temblor.

Ella se ponía de pie rápidamente, saliendo de su habitación hacia el comedor, así yo me robaba sus libros para mis noches de lámpara insomne. Mis primeros años con ella fueron difíciles. Agria y seria, creo que no quería a nadie de manera tierna. Sin embargo, en la Semana Santa de cada año nunca me faltaba un huevo de pascua de chocolate envuelto en papel platino. Cuando llegaba de trabajar casi a las seis de la tarde, iba a su cuarto, juntaba la puerta y veía las telenovelas de moda. Yo me encontraba en la otra habitación mirando casi siempre lo mismo.

El taller ha terminado pero mi mente nunca termina de hilar. Fueron quince ganadoras del Nobel, mujeres transgresoras todas, aunque no todas me engancharon. Había mencionado mis inasistencias al curso, pero no hablé de las grabaciones que salvaron a esta escritora ansiosa que duerme profundamente a partir de las seis de la mañana (el taller se daba unas horas después). Me quedaría con algunas autoras como Grazia Deledda, Herta Müller, Wislawa Szymborska, Doris Lessing, Svetlana Alexievich y Alice Munro.

Ester come poco porque dice que no gana mucho; además, solo prende la luz cuando casi

todo está oscuro. Muchas veces regaña porque el balón de gas se acabó muy rápido o por la caja de fósforos vacía en poco tiempo. Un invierno, mi prima se quedó en casa y nos fuimos a escondidas a la cocina para tomar una cocoa hirviendo; eran las once de la noche y a esa hora, la casa grande era más silente. No pudimos tomar algo porque era el primer gobierno de Alan y habíamos utilizado dos cucharaditas de azúcar en vez de una y Ester nos gritó que se gasta.

El profesor del taller nos dijo que aquellas ideas que vienen a nuestra cabeza, producto de las lecturas, es decir, esos impulsos creativos arrolladores, los colocáramos en un documento, al que denominó pecera. Debo confesar que en un principio, mi pecera estaba casi vacía. A medida que pasaron las semanas, los papelitos en mi mesa de noche aparecieron y las notas en el escritorio al lado de mi computadora también. Lo más parecido al orden que tengo son las notas en mi celular que las programo como alarma cada cierto espacio de tiempo para que me den la orden de nadar. Así, en medio del estrés con el que vivo desde que me tengo memoria de la vida laboral, logré nadar con el pañuelo de Herta Müller sin abandonar la maravillosa fe en la vida y en Dios de Grazia Deledda.

Ester iba a la sala cada vez que yo llegaba. Por alguna razón, se incomodaba cuando alguien entraba a su habitación. Conversábamos frente a frente sentadas en los muebles rosa, que con el tiempo oscurecieron. Esa tarde hablaríamos de un paseo en auto con unos compañeros de trabajo hacia la playa La Herradura. "Él nos llevó a tomar unas gaseosas y a comer unos sándwiches. Se suponía que cada uno pagaría su cuenta" decía Ester, mirando hacia arriba; sonriendo mencionó: "una de mis amigas no llevó dinero para pagar y ni siquiera le dijo nada al Gordo, que se molestó pero no nos cobró la gasolina. Imagínate", comentaba sin parar. "La ruta había sido larga, primero él tenía que ir a la plaza mayor a dejar una mercadería. Estacionó su auto alrededor de la plaza, los vestidos se nos pegaban al cuerpo por el sudor, nos hacíamos aire con un *Última Hora*, me acuerdo bien porque en ese periódico que leía nuestro amigo aparecían puros crímenes, y esperamos más de media hora. El calor nos puso de malhumor, así que lo obligamos a llevarnos al ¡Oh, qué bueno! por unos helados". El Gordo ya murió y de esas amigas, una partió a Estados Unidos y las demás se casaron, mencionó resignada.

Ha llegado la hora de reunir mis notas, de inspirarme, dejando atrás ese "no sé" que empleaba Wislawa Szymborska en su discurso ante la Academia Sueca. Ese "no sé" era el punto de partida de nosotros mismos hacia esa realización de la inspiración. Quizá también ha llegado la hora de dejar el estrés de lado y, como mencionó Doris Lessing, ir sobreviviendo con nuestra imaginación, que nos sustenta de los avatares de la realidad.

Ester nunca supo que sus ahorros estaban destinados a sus familiares. Nadie sospechó que tenía una cantidad importante. Tampoco supo que su dinero me ayudaría a sustentar la tesis. Svetlana Alexievich mostró al mundo las voces de sus personajes con sus tragedias y soledades, exhibiendo a sus personajes "hablando de su propio tiempo". Cuántos cientos de veces conversé con Ester y observé fríamente sus lágrimas.

Sin pensarlo, la pecera se llenó a mi propio ritmo y voz. La pecera siempre está a mi lado, la observo y la respeto porque ilumina mis vacíos, me salva, me libera. Alice Munro mencionaba en una entrevista que no tolera los finales infelices sobre todo para sus heroínas.

Ester no tenía una pecera al costado… ¿o será que vivía dentro? Donde quiera que Ester haya ido, estoy convencida de que está nadando fuera de ella.

Al otro lado de Júpiter

Javier Bolaños Policarpio

"Las lunas de Júpiter" es un relato sobre relaciones filiales, fraternales e incluso matrimoniales en que participan diferentes personajes masculinos y femeninos con características propias; ahí están sus virtudes, rencores, indiferencias, amores y desamores. Un relato en que ellos son líderes, destacan profesionalmente, son decididos y fuertes pero distantes afectivamente. Ellas, en cambio, se muestran sumisas, abandonadas, en muchos casos incomprendidas e inconformes con la realidad de sus vivencias.

La protagonista y narradora, Janet, es madre e hija al mismo tiempo; una mujer que lucha por sobrellevar relaciones de dolor, sufrimiento y de amor con sus hijas y su padre. Las muestras de indiferencia y escaso afecto paternal se ven reflejadas también en sus hijas, quienes inconscientemente son víctimas del aparente favoritismo que la madre tenía por una de las dos. Paradójicamente, esa es la misma sensación que acompaña a la narradora en relación con su hermana Peggy, a quien el padre protege, respeta y en cierto modo admira, debido al *status* del marido.

A pesar de todas las circunstancias, Janet resiste silenciosamente, acompaña a su padre cuando este la necesita, lo escucha, y los diálogos entre ambos son muchas veces conmovedores. El distanciamiento afectivo también acompañó a Janet durante su matrimonio, en que una vida monótona y doméstica acaba cuando ella decide luchar por si misma dejando al marido. El padre de la protagonista es un hombre leído, informado, práctico, estoico, que con discursos descarnados e irónicos enfrenta la vida, que ya le había sido difícil desde niño. Inevitablemente, muchos de estos valores se transmiten a Janet. El relato también nos presenta, en paralelo, la relación entre dos generaciones de hermanas, Peggy y Janet, así como las hijas de esta, Judith y Nichola, que aun perteneciendo a épocas y vivencias diferentes, contradictorias relaciones parecen mantenerse a lo largo de sus vidas.

La lucha pacífica, silenciosa y constante de Janet me ha recordado la idiosincrasia de las mujeres de mi infancia, cuando, ante la indiferencia y abandono del compañero, se erguían como mártires, luchando económicamente por sus hijos mientras se ufanaban de criarlos solas. Era una tendencia de aquellos tiempos, que los hombres

pudieran tener varios hijos con diferentes mujeres, incluso se tomaba como motivo de orgullo el dejar inocentes desconocidos en varios pueblos. No había leyes que protegieran a los menores y predominaba el desamparo legal, la ausencia paternal y la indiferencia social.

Así me ha venido a la mente la lucha de mi madre, cuyo coraje y tenacidad le hicieron desafiar las vicisitudes y limitaciones; inconforme con la realidad que nos rodeaba, salió de su pueblo para brindarme un mejor futuro. En aquella época, vivíamos en un sitio apartado de la capital y nos aventuramos con un grupo de gente que huía en busca de trabajo a tomar inicialmente un camión, luego caminamos un día para tomar el ferrocarril que nos conduciría hasta Chimbote. Aquella locomotora era fantástica y novedosa. Recuerdo la curiosidad que me suscitaba tocar sus ruedas, con esa textura grasosa debajo del polvo; miraba los vagones como largas y gigantes orugas a los que tendría que subir para trasladarme.

Crecí en un ambiente en el cual predominaba la rudeza con los niños; nos educaban para afrontar la vida y por ello nos templaban el carácter

con actividades duras como trabajar a plena luz del sol, en lugar de dejarnos jugar para disfrutar de la naturaleza. Los niños no debíamos llorar, así decían los adultos, quienes alentaban las peleas "solo puñete", "solo patada" o "patada con puñete" para convencernos que la valentía física era una cualidad ligada al bienestar. Las mujeres, en silencio, respetaban esas costumbres por el bien del hijo varón y se limitaban a las actividades domésticas. Eran las llamadas a cuidar y proteger a los niños y atender a los maridos; era vergonzoso que el padre hiciera labores de casa o incluso atendiera a sus propios hijos.

Hago una retrospectiva de las costumbres y vivencias que acompañaron mi niñez y parte de mi adolescencia, observo con asombro la evolución de la mujer en muchos campos, desde lo intelectual hasta lo social, de lo cultural a lo económico, demostrando eficiencia, responsabilidad y cobrando protagonismo en actividades que estaban casi vetadas para ellas. El origen de los patrones que determinan el comportamiento de las personas se modela en casa. Allí no solo aprendemos a ser mas afectivos, participativos, conscientes, sino que aprendemos a

que los roles no dependen del género y deben ser compartidos.

Soy un hombre que nació en el siglo XX, como todas las escritoras que hemos comentado y me alegro de haber podido sentir el reflejo de mi madre en aquellos momentos en los que la lucha por sus ideales parecía un imposible. Debo admitir que observo con emoción que mi hija puede tener una vida plena, satisfecha y con más oportunidades. Aún me persiguen ciertos patrones que me cuesta aceptar, pero abrigo la esperanza de tener suficiente vida para poder superarlos.

Golpe criollo

J. J. Bolaños

La primera señal que el cuerpo comenzaba a estirarse no apareció en forma de fruta atragantada en el cuello, acompañada de fugas de aire que descosen la pronunciación, de granos en la cara ni mucho menos de dolores articulares por culpa de los cartílagos de crecimiento. El contacto inicial con esa realidad llegó un mediodía de otoño con una canción, "Regresa", que interpretaba Lucha Reyes, *la Morena de oro*. Su voz irrumpió con la potencia de aquel viento huracanado que nos silba en el pabellón del oído antes de erosionar el fondo marino, que incluso los peces, que hasta ese entonces ignoraban la música criolla y divagaban por las costas limeñas en busca del sentido de la vida, se animaron a hacer burbujas sobre el océano Pacífico y acompasar con sus aletas. No entendí el trasfondo de la letra, sin embargo, el registro grave fue una punzada que me apartó, en definitiva, de aquel *statu quo* infantil. Desde ese entonces, la conmoción que me da escucharla es un recuerdo sensorial irrepetible.

He podido experimentar diversos niveles de exaltación gracias a la pintura, la música, la literatura, el cine, la escultura, entre otros, como si fueran huellas que distraen nuestras inquietudes basales para reconducirlas por lienzos que nos transportan o escenas de cine que rescatan una sonrisa melancólica. Pero ninguna se interpuso en el camino de aquel timbre vocal de Lucha Reyes, cual sedimento emocional difícil de remover.

Los años de estudiante de Medicina me han permitido, para bien o para mal, exponer el temple a realidades humanas insondables que curten la armadura del futuro médico. El dolor del paciente, físico y espiritual, es un vagón de tren al que subimos para desentrañar la estación central. Tratamos, lidiamos y nos frustramos todos los días con el sufrimiento de los pacientes. Algunas veces, escuchar a la morena de oro me sirvió de terapia, una práctica con efectos indeseables según los teóricos. Abandonado al compás del desconsuelo por un caso que no conseguí ayudar y transferir el peso de la desilusión; sentir que su voz estaba ahí para redimirme.

Con el pasar de los años mozos, ningún entrenamiento vale la pena cuando la edad mental persiste en alcanzar a la edad cronológica en la meta del día a día. Por eso he preferido dejar de lado los deportes de contacto. La balanza se inclina hacia la prudencia y el miedo a las lesiones pero Toni Morrison no me lo permitió. A punta de palabras me metió a un *ring de box* donde alternaba derechas e izquierdas que no me dejaban saber cuál era su mano dominante para agachar la barbilla a tiempo, pegar el hombro al mentón y evitar el *knock-out* inminente. Los puntos aparte, con sus saltos violentos entre párrafos, me dieron el oxígeno suficiente para enfrentar la siguiente oración hasta que una frase, cual golpe recto, agitó aquel recuerdo suspendido en el tiempo; revivió la voz de Lucha Reyes.

No creo en las coincidencias, me escudo en la formación académica para sentir el respaldo de la evidencia científica y alejar las sombras del azar como explicación. Es innegable que la interpretación musical y un texto percutieron los sentidos a su modo para dar en el mismo blanco, pero busco una razón en lugar de dejarle al placer despatarrarse a sus anchas. Una de las justificaciones en la que quizá ambas encajan, es que

ninguna de ellas salía a especular cada vez que nos mostraba su talento. Lucha Reyes estrujaba las cuerdas vocales hasta que el martillo optaba por saltarse el yunque para electrocutar directamente al nervio auditivo; mientras que Toni Morrison se batía en un duelo pugilístico por conseguir que las palabras jamás coincidieran con la vida.

También he intentado, en vano, revelar el vínculo entre la palabra y el silencio, la tinta aferrada al papel que como último recurso de vida se evapora y una vez transformada en fantasma se instala en los oídos. Lo habitual es que sea el sonido y no la visión el que estimule el lóbulo temporal. A cambio, encuentro en esta circunstancia, que ha recuperado una experiencia vital con estímulos dispares, la fuerza de dos personas afrodescendientes y a ellas me une la sangre mestiza. Aquella amalgama cultural que nos enriquece es aún incomprendida, y ellas lucen como dos satélites que reivindican no solo sus orígenes si no las raíces neutras del talento humano. Por ello siento que su lucha también me pertenece, en la medida en la que las diferencias las veo como aportaciones y no como peligros,

aunque a veces lo sean, sobre todo si desnudan el universo ignorante en el que vivo.

Soy anestesista, apelo al hecho que después de haber estado de cuarentena el sueño profundo ha vuelto y eso ha activado las conexiones neuronales remotas, que es como decir que una central hidroeléctrica, en contra de sus beneficios económicos, puede proveer de luz a la bombilla de una mesa de apuestas ilegales. Quizá el golpe de las palabras reactivó el dolor que evoqué al saber que todavía me quedaban más incertidumbres por descubrir.

Pluma de mujer

Jully Crispín Rojas

El naufragio y la invisibilización de las mujeres del mundo siguen siendo predominante aún en el presente siglo. A pesar de que nuestras voces languidecían en el tiempo, se alzaron enérgicamente manos de hierro, clamando el derecho que las sociedades nos han arrebatado muy descaradamente por años. Nuestra lucha continúa, tan incesantemente, alimentándose de aquellas miradas vivas que nos impulsan a seguir el camino de la esperanza con ardor y coraje.

Simplemente mujeres, con dones celestiales para el arte de escribir, dieron vida a personajes en historias tan emotivas como desgarradoras, de un poder fulminante. Mujeres intrépidas, con sensibilidad e imaginación intensa, capaces de capturar el mínimo detalle de las realidades diambulantes para romper esquemas paradigmales, tocando fibras muy íntimas.

Acercarnos para conocer las vidas y escritos de las ganadoras del Premio Nobel, nos ha permitido un viaje fugaz a mundos tan lejanos

geográficamente pero unidos por la palabra como medio de expresión cultural. Hemos descubierto espíritus tan singulares que nos invitan a preguntarnos ¿Qué nos hace tan diferentes de los varones, para ser tan magulladas socialmente? Nuestras quince galardonadas nos ayudarán a responder esta interrogante.

Eran los inicios del siglo XX, no hace mucho, cuando finalmente los eruditos tomaron la decisión de premiar a una primera mujer con el premio Nobel de Literatura. Una mujer, que en esa época, por lo general solía aspirar a ser maestra de escuela, porque las letras eran de hombres. Sin embargo, las victorias no fueron exclusivamente cantadas por los gansos salvajes de Nils Holgersson al sobrevolar todo Suecia, sino también por aquellas mujeres que adquirirían el derecho al sufragio. Desde su timidez para enfrentar el ajetreo de la vida y su ansiedad de enfrentar el mundo, nos habla la magnífica Selma Lagerlöf.

Siempre expresamos nuestra inmensa gratitud por aquella nación que nos cobija entre su regazo, a pesar de que somos errantes y nos ve creer; es así que, Pearl S. Buck nos describe épicamente la vida campesina y rural de China.

"El lenguaje nunca puede fotografiar la esclavitud, el genocidio, la guerra", expresaría Toni Morrison décadas después. No se le puede maquillar con *glamour*, elocuencia o un lenguaje diplomático que apruebe la violencia, la tortura, la amenaza, la subyugación; que estrangule mujeres. Un lenguaje disfrazado como pretexto de investigación, de política y de historia, sometiendo al silencio y sufrimiento a millones de personas con el único fin de satisfacer a los dueños del poder; esos, que buscan enclaustrar mentes brillantes en jaulas de inferioridad y desamparo. Ser afrodescendiente se exhibe como un pecado capital, tu dignidad se esfuma como la arena arrastrada por el viento voraz.

Su arduo afán de ser pedagoga, le dio la oportunidad de recrear en versos un cuento universal tan reconocido como es la *Caperucita Roja*. Desde otra perspectiva, una que permita entender a las niñas los peligros y la vulnerabilidad a la que están expuestas en la sociedad. Es gracias a Gabriela Mistral que el continente americano ya no será tan poco y mal conocido.

El narrador es el resultado de la creación, del sustento y la determinación de su imaginación,

le permitirá sobrevivir a la compleja condición humana. Con esa misma capacidad, Doris Lessing nos entrega historias que nos dejan atónitos frente a realidades de pobreza que afrontan muchos países desfavorecidos, relaciones familiares que marcan.

La palabra es la ontogenia del escritor. Los escritores han evolucionado para esa tarea. Es así que surgen preguntas de todo calibre buscando dar explicaciones a todos los fenómenos comunes. Aprehender la vida mediante los sentidos encontró iluminación y gozo en la palabra escrita para Nadine Gordimer.

"El amor se disfraza de pregunta", ¿tienes un pañuelo? El pañuelo es símbolo de protección, de ternura indirecta, de esperanza y de miedo para aquellos despojados de su dignidad por las dictaduras y crueles guerras, que llevan un equipaje de silencio. Es de este modo, tan sutil y bajo su sello personal, Herta Müller encuentra la forma de expresar su amor… elementos tan suyos como el pañuelo o los *collages*.

Escribir desde los trece años, ya había contrariado a sus padres. Pertenecía a una familia sabia, pero con artistas violentos y primitivos,

que habían impuesto moldes tradicionales en el pueblo. Su ímpetu autodidacta le permitió romper esta barrera, que solo le había concedido la oportunidad de recibir educación primaria. Este carácter modernista de Grazia Deledda le ayudó a enfrentar problemas humanos en general.

Los poetas son vistos como extraños parásitos, en que su privilegio exclusivo no es la inspiración sino sus labores con amor e imaginación; todo esto, que surge de dos pequeñas palabras con potentes alas: "no sé". Movidos por esta inquietud, sin importar la profesión que desempeñan, las personas ensanchan sus horizontes nutriéndose de conocimientos. La poesía de Wislawa Szymborska es simple y a la vez impactante.

La palabra escrita es su especialidad, la oralidad no corre por sus venas y peor aún si se trata de hablar de ella misma. Agradece que la tecnología moderna no haya invadido su mundo entrometiéndose. Tan directa es Sigrid Undset.

Todas aquellas voces que le rondaban en la cabeza desde su infancia, por fin consiguieron ser escuchadas gracias a su literatura polifónica, que le permitió reunir los testimonios de otras

personas para convertirlas en un libro. Su fascinación por captar palabras, frases y exclamaciones la han convertido en un oído humano que está apasionado por la voz solitaria. En ocasiones, los seres humanos la asustan y le causan repugnancia, sin embargo, todavía es capaz de encontrar una mirada sublime. Aún las voces de Chernóbil sufren las consecuencias suicidas.

Las dictaduras exilian a personas menos implicadas, obligándolas salvarse. Fue el caso de Nelly Sachs, cuya huida le permitió respirar aire de libertad en una nación ajena a la suya, nada menos que Suecia.

Su interés por la lectura comenzó con *La Sirenita*, y desde muy pequeña. El sufrimiento de este personaje la empujó a crear historias con finales felices; su crecimiento literario le cambió esa perspectiva, pues ahora busca los finales trágicos aunque disfrutables. Alice Munro considera que la mejor recompensa de su escritura es sentirse diferente después de leerla.

Realmente, nuestros ojos están hechos para una mirada objetiva del exterior, o simplemente la realidad es una ambigüedad. Dejamos pasar nuestra más

plena vida para dedicarnos a observar una vida que se encuentra en otra parte; nos camuflamos siempre para ser legibles, típico cliché de sociedad, que Elfriede Jelinek cuestiona enérgicamente.

Para Olga Tokarczuk la novela es una herramienta milagrosa que permite que nuestras experiencias viajen en el tiempo. La literatura es sinónimo de ternura para cualquier ser diferente a nosotros.

Y así, "Si hay un libro que deseas leer, pero aún no se ha escrito, entonces debes escribirlo tú", nos recuerda Toni Morrison.

Tribu femenina

Lupe Jara

El primer libro que leí en mi vida fue la Biblia. No fue una elección. Era el único texto en mi casa de inmigrantes. Acababa de cumplir ocho años. A esa edad no podía diferenciar entre la realidad y la fantasía. Se entiende, entonces, que desde el principio con el Génesis muchas situaciones me parecieran carentes de lógica o, de plano, imposibles; aunque nada se compara con el miedo que me significó llegar hacia el final con el Apocalipsis; estaba segura de que —por más que me empeñase— no llegaría a ser una de los 144 justos que se salvarían. Cuestionar la verosimilitud de los hechos ahí narrados era ya un pecado en mi diminuta hoja de vida.

Andaba con estas preguntas, mientras pasaba las vacaciones en casa de unos tíos en mi ciudad de origen: La Libertad, cuando el azar y una deuda hizo que llegara a la casa una colección de libros de mitología griega. Eran varios tomos, en que cada mito estaba bellamente ilustrado con la pintura de un artista renombrado. Devoré cada página fascinada. Atenea, Hera,

Afrodita… en sus vivencias, me parecían más humanas y más alcanzables que María. Otra culpa en mi consciencia.

Al regresar a casa luego de aquellas vacaciones, abandoné las muñecas y sus cuidados, para leer todo lo que cayera en mis manos: revistas, periódicos, historietas. Entonces, una editorial lanzó su serie de aventuras y, con ello, tendría libros para mí. Cada semana, con mis ahorros escolares, conseguía —cual tesoro— uno de ellos. Al primero: *Veinte mil leguas de viaje submarino*, le siguieron *El Conde de Montecristo*, *Príncipe y mendigo*, *Los tres mosqueteros*, entre muchísimos otros. Sin embargo, hasta ingresar a la universidad, solo recuerdo haber leído dos libros escritos por mujeres: *La cabaña del tío Tom* (Harriet Beecher Stowe) y *Frankenstein* (Mary Shelley).

Debo confesar que, hasta hace muy poco, no me planteaba la cuestión de quién es el autor o la autora. Leía lo que me atrapaba, abandonaba lo que no. No me sucedía lo mismo con los personajes. Los femeninos, por quien el héroe emprendía una odisea cautivado por su belleza y virtud, me hacían dudar del protagonista: de su inteligencia y de su pretendido amor. Ivanhoe

me dejó perpleja cuando eligió a *lady* Rowena y no a Rebecca. Aunque era adolescente, esa traición contra sí mismo sembró una duda en mí que más tarde contribuyó a la elección de mi carrera. Como sea, tampoco era el romance lo que me atraía de las novelas; la aventura, el misterio, el descubrimiento y la conquista, sí.

Al comienzo, disfrutaba la adrenalina frente a todos los obstáculos que el protagonista atravesaba por alcanzar su sueño y en ese camino apreciaba su crecimiento en astucia, fortaleza, ingenio; hasta darle esa vuelta de tuerca al destino. Tal como ocurre en *El maravilloso viaje de Nils Holgersson a través de Suecia* de Selma Lagerlöf. Aquí, es necesario detenerse un instante y retroceder al momento en que la sociedad, cual hada madrina, envuelve con sus dones al nuevo ser: si es niña, le asigna una muñeca, que ella cuidará sin necesidad de moverse en el espacio, pues su mirada se concentrará en esa representación humana que sostiene entre sus brazos. Si es niño, ya sea con la pelota o el carrito, los confines se abrirán para que él los explore; para que tropiece, caiga y se levante; para que conquiste y haga suyo el territorio. Es, entonces, un cambio de signo lo que logra Selma Lagerlöf en su

ambición por abarcar el mundo al que pertenece con su viaje literario. Esta escritora fue la primera mujer en ganar el Premio Nobel en 1909. Por entonces —calculo— la abuela adolescente de mi madre sin estudios, sin nombre que se recuerde y sin muñeca, se convertía en madre. Y, a falta de libros, repite las historias que ha escuchado a su hija y más tarde a su nieta. Yo no recuerdo que mi madre me las contara a mí; sin embargo, cuando nació mi hijo, no paraba de susurrarle relatos fantásticos que ilustraba en el aire con sus manos y actuaba con voces diferentes.

En mi propia ruta, siendo aún adolescente, con Dostoievski y Hermann Hesse ese viaje de aventuras se hizo interno. Al respecto, ¿me pregunto si esa introspección puede ser masculina, femenina o universal? La investigación parece abonar por la existencia de alguna diferencia: el lenguaje vehiculiza los pensamientos que hemos formado y estos, a su vez, reflejan la forma como aprehendemos el mundo. Este conocimiento será distinto si experimentamos la realidad desde un espacio restringido o desde uno más amplio, si lo que captura nuestra atención es la persona o es el entorno, si estamos más entrenados para leer entre líneas o para la

mirada macro, si nuestra comprensión enfatiza la emoción o la racionalidad.

En la universidad, cuando incorporé escritoras como Marguerite Yourcenar y Amy Tan a la biblioteca de mi memoria, los personajes femeninos dejaron de ser las musas inalcanzables que inspiran a los artistas para convertirse en seres comunes y cercanos, en cuyas vidas ordinarias se inscribía —sin embargo— lo extraordinario. Algunas, incluso, no necesitan salir de casa o moverse de su sitio, como Renée y Paloma, las entrañables protagonistas de Muriel Barbery en *La elegancia del erizo*, para desplegar un mundo interno sutilmente complejo y lleno de riqueza. Ese *zoom* sobre la vida subjetiva del personaje, escudriñando más allá de su consciencia, pone en evidencia otro tipo de desafíos, otro tipo de conflictos, otro tipo de conquistas.

Me pregunto ahora, qué puedo aprender de las mujeres que han plasmado su visión del mundo, desde aquello que eligieron mirar y desde la forma cómo lo hicieron, a través de historias que les merecieron ser reconocidas con el Premio Nobel. Pienso en Grazia Deledda y cómo en *Cósima*, la sensibilidad con la que describe

el entorno, parece guiarnos —cual ciegos— no solo al reconocimiento del mundo de las cosas, sino sobre todo a la vivencia de las mismas.

Por su parte, Sigrid Undset con *Cristina, hija de Lavrans* y Pearl S. Buck con *La buena tierra*, una en el medioevo y la otra en China, ponen el foco en la dureza que significa para las mujeres —sin importar si es noble o esclava— vivir un destino bajo parámetros que ellas no han elegido. Tal como les ocurrió a mis abuelas. Tal como todavía les ocurre a millones de mujeres en el mundo. Quizás para ellas, quizás para todas, el reto está en construirnos protagonistas y no resignarnos a permanecer como personajes secundarios.

Están también las autoras que abrazan causas, que trascienden el yo para abarcar el nosotros, a partir de haberse conquistado como sujetos. Nadine Gordimer y Toni Morrison lo hacen en particular, transgrediendo con las letras realidades que violentan la identidad y la dignidad. Doris Lessing aprovecha su discurso en el Nobel para denunciar la injusticia de la pobreza y Svetlana Alexievich se transforma en un oído humano para recoger cientos de voces dolientes, evitando que estas se pierdan y queden en el

olvido. Como ellas, Elfriede Jelinek nos inquieta para no adaptarnos simplemente a las circunstancias, mientras que Alice Munro le cambia el final a las historias que juzga tristes. En estas mujeres, que se rebelan frente a un mundo que muestra sus fallas, su compromiso y solidaridad las hace trascender del protagonismo personal al colectivo.

Otras tres ganadoras del Nobel plantean, a su vez, posiciones que van más allá de su época y de su contexto: Wislawa Szymborska invita a una dimensión inabarcable, sembrada de ese permanente y fértil "no sé", que renueva las preguntas sobre el mundo, haciéndolo vivo, siempre cambiante, siempre en transformación. Por su parte, Herta Müller, si bien todo lo que tiene lo lleva consigo, también encuentra en los detalles la huella del otro que nos salva de la soledad. Huella que para Olga Tokarczuk se inscribe en ese nexo con alguien que nos desea, más allá de la realidad concreta. En ese deseo que es imaginación y, por tanto, no tiene límites, se trasciende la vida real para ser sueño. Y, en ese soñar, somos libres.

Íntimo

Magally Rojas Aramburú

Decidí cursar el taller "Las Nobel, 15 literaturas para hoy" con la intención de aprender de estas autoras, mejorar mis conocimientos y escribir mis cuentos. Dediqué, al fin, un tiempo especial —concedido por la cuarentena— para leer a conciencia, con la orientación del escritor Juan Manuel Chávez. No, esta vez no viajaría a las profundidades de mi subconsciente, ya que de hacerlo, los Premios Nobel podrían haberme regresado a una niñez infinitamente feliz, con mi padre, orgulloso y sonriente, mostrándome su colección de Nobel editados en 1969.

El maravilloso viaje con Selma Lagerlöf

> Pero entonces pensé en mi padre y sentí una honda pena de que ha muerto, y que no podría ir a contarle que he ganado el Premio Nobel. Sé que nadie más habría estado tan contento como él de recibir esta noticia. Nunca he conocido a alguien con ese amor y respeto por la palabra escrita y sus creadores, y me habría encantado que supiera que la Academia Sueca me había

> otorgado el premio. Sí, fue una pena profunda que no pudiera contárselo (Lagerlöf, 1909).

Lagerlöf me llevó hacia mis recuerdos y con su discurso me mostró cuánto extraño a mi padre cuando quiero contarle un suceso importante, y ya no está. No sé cuántas veces leí el discurso de Lagerlöf, lo que sé es que al leer *El maravilloso viaje de Nils Holgersson a través de Suecia* descubrí al narrador que buscaba para contar una historia que, a gritos, me pide que la escriba.

En la piel de Wang Lung

Percibí una sensibilidad muy intensa en los personajes de *La buena tierra* de Pearl S. Buck. Viví esta novela al punto de sentirme Wang Lung, me preocupé por la tos del padre, me vestí con sus rasgos y emociones. Para seguir el hilo de la madeja que me van soltando las Nobel, respecto a mi padre, encontré el siguiente párrafo:

> La casa permanecía silenciosa. Únicamente turbaba su quietud la tos del padre anciano, cuya habitación estaba frente por frente de la de Wang Lung, al otro lado del cuarto central. La tos del viejo era el primer ruido que se oía en la casa cada mañana. Generalmente, Wang

> Lung la escuchaba acostado en la cama y así permanecía hasta que la tos iba acercándose y la puerta del cuarto de su padre giraba sobre los goznes de madera (Buck, 1931).

Esa tos me hizo pensar en la fibrosis que un domingo de agosto se llevó a mi padre y reflexionar que hoy, debido a la Covid-19, habría muchos Wang Lung que escuchaban toser a sus padres, batallaban para conseguir oxígeno y salvarles la vida.

"Nos enseñaron a leer, pero no tenemos libros" dice Doris Lessing

Apenas se abran las puertas de la biblioteca de la Universidad Católica Sedes Sapientiae y regrese a trabajar, voy a imprimir y poner frente a mí esta cita que me ha marcado profundamente, porque soy consciente del valor de los libros y las bibliotecas. No obstante, el valor es mayor después de leer el discurso de Lessing, donde narra su visita al amigo, que se fue a trabajar a una escuela de Zimbabue.

> No hay ningún atlas ni globo terráqueo en la escuela, tampoco libros de texto, carpetas de ejercicios ni bolígrafos, en la biblioteca no hay

> libros que a los alumnos les gustaría leer: son volúmenes de universidades estadounidenses, incluso demasiado pesados para levantar, ejemplares descartados de bibliotecas blancas, historias de detectives o títulos similares a *Fin de semana en París o Felicity encuentra el amor* (Lessing, 2007).

Y es verdad. A veces nos donan *packs* de libros escolares, entre otros manuales estudiantiles; son paquetes enviados a instituciones que los necesiten directamente. Frente a todo esto, solemos quedarnos con los libros de carrera, enciclopedias y literatura. No veo que los estudiantes pidan novelas o cuentos, la prioridad de sus lecturas es aquello que solicitan los maestros. Sin embargo, soy la que para todo y dice: "Son tesoros, que se queden en la biblioteca", cuando veo ejemplares de Cesare Pavese, Luigi Pirandello, Giacomo Leopardi, Thomas Mann, Carlos Ruiz Zafón, Umberto Eco, Rosa Montero, Isabel Allende, Gabriel García Márquez y más.

"Un hombre dijo: «Nos enseñaron a leer, pero no tenemos libros». Todas las personas que conocí, todas ellas, pedían libros" (Lessing, 2007). ¡Qué fuertes las palabras de Lessing!, estudiantes ansiosos por unas y otras publicaciones, con la esperanza de recibirlas.

Recuerdo que mi padre contaba que en Conchucos, sus paisanos pedían periódicos y revistas, que allá se leía mucho. Pienso en esas escuelas de provincia, algunas carentes de libros, y confío en que se puede salir de estas carencias a punta de esfuerzo. Siempre se pueden encontrar los medios para leer y aspirar a una buena educación.

La carta de Camus

Después de recibir el Premio Nobel, escribió Camus una carta a Louis Germain, su maestro. Juan Manuel Chávez nos contó que Camus no creció con una figura paterna, porque perdió a su padre antes de cumplir un año. Y cuando no creces con tu padre, pero tienes un verdadero maestro (no quien solo se limite a transmitirte una ciencia, sino como decía Chávez "Germain no se limitó a impartir clases y alentar con expresiones de ánimo los anhelos de aquel estudiante, sino que actuó en favor de su futuro"), brotan agradecimientos como estos: "Sin usted, la mano afectuosa que tendió al pobre niñito que era yo, sin su enseñanza y ejemplo, nada de esto hubiese sucedido" (Camus, 1957).

Vicente, mi papá, tampoco tuvo una figura paterna y contaba que en su escuela —por el Día del Padre—, él era elegido para recitar "Pobre huerfanito", un poema para niños como él, sin padre. Lo declamaba ante las autoridades y los ricos del pueblo, como su propio progenitor. Decía que lo miraba a los ojos y aquel viejo ni se inmutaba por las palabras de quien sabía, porque bien lo sabía, era su hijo. Qué hubiera sido de mi padre sin los maestros que tuvo; por ejemplo, no tendría su vieja colección de Nobel, la de 1969, ni la del 2017… ni yo estaría aquí.

Alice Munro y "lo más íntimo"

Es profunda la huella que Munro deja en mí; esos diálogos tan vivos, el manejo del relato autobiográfico y su universo me ayudan a encontrar la voz para mis futuros cuentos. El cuento "Las lunas de Júpiter" me acerca al final de este rememorar.

> Encontré a mi padre en el ala de cardiología, en el octavo piso del Hospital General de Toronto. Estaba en una habitación semiprivada. La otra cama estaba vacía. Dijo que su seguro hospitalario cubría solo una cama en el pabellón, y que estaba preocupado de que pudieran cobrarle un suplemento (Munro, 1982).

Munro me llevó a mi padre internado en el hospital Rebagliatti y a esos diálogos en los que la hija se hace la fuerte y tiene que hacer de tripas corazón.

Cuando vi por la cara de mi padre que él la sentía, que el rechazo le subía de un salto tan prontamente como si hubiese sido treinta o cuarenta años más joven, mi corazón se endureció, y hablé con una especie de atormentadora alegría.

—Por lo demás, estás pletórico —dije.

Mi padre también rechazaba su enfermedad, nos había dicho alzando las manos, "yo estoy bien, pero la enfermedad avanza muy rápido". Esta semana se cumplen dos años de su partida. Es necesario citar a Munro para cerrar esta memoria: "Creo que es lo primero y lo último —y lo más íntimo— de cuanto tengo que decir sobre mi propia vida".

Las Nobel en mis días de julio

Patricia Osorio Dominguez

Cada fin de semana de julio, esperaba el encuentro con Las Nobel, vía *Zoom*. No era virtual, se trataba de una experiencia real en la que podía disfrutar de modo especial, acompañada de las visiones y huellas vitales de las 15 mujeres ganadoras del Nobel de Literatura. Todas, provenientes de distintos tiempos y contextos, como los participantes del taller. Talento, técnica y personalidades distintivas, han legado su obra plena de valor y amor por la vida y la expresión mediante la literatura.

Vinieron a mí muchas memorias de infancia y adolescencia, aprehensiones del presente en confinamiento forzado. Fue delicioso sentirme cálidamente acompañada por la lectura exquisita de Las Nobel, los comentarios nutritivos y el dulzor de mis cómplices colegas, y del profesor; todo esto abrigó mis mañanas de invierno limeño, más frío que otros años.

Me quedé atenta y conmovida por lo que sentía el personaje Nils Holgersson en la obra de Selma Lagerlöf, pensando en un futuro en el que sus

padres lo expusieran en público por haber quedado diminuto.

> Esto le aterraba. Prefería que nadie volviera a verlo nunca más. ¡Qué desgracia la suya! Nadie era tan digno de lástima como él. Ya no sería un hombre, sino un fenómeno.

Un fenómeno, así me sentí, ciertas veces, cuando niña; fui expuesta públicamente por mi manera de bailar, por mi baja estatura y por mi dedicación a los estudios. Pero, a diferencia de Nils, no elegiría dejar de ser vista. ¡Eso nunca! Esa sí sería una desgracia, en sentido metafórico y textual.

La novela de Pearl Buck me llevó a revivir mi contacto con las culturas orientales, por lo cual, me resultó familiar e íntima. Una de las cosas que más me conmovió fue el tema de la dependencia de un hijo adulto; me trajo recuerdos de familiares de generaciones pasadas y amigos. Por otro lado, pensaba en la esclava, la que fue usada por sus patrones y era motivo de menosprecio fuera fea, o una situación peor siendo bonita. La relación entre los dos personajes se podría sintetizar

así: una fea sería "lo mejor" para Wang Lung, que no la eligió.

> ¿Te imaginas que a una mujer bonita le parecerían tus manos de campesino tan agradables como las manos suaves del hijo de un rico, y tu cara, negra del sol, tan hermosa como la piel dorada de los otros que antes que tú han buscado en ella su placer?

Me pregunté, ¿cuál es la suerte de hombres y mujeres que no son "bonitos"; y que no son los elegidos? Pensando, regresé al tiempo en que me creía fea, y a las experiencias en las que me identifiqué como "la no elegida". Reflexioné sobre el efecto que puede causar en una persona herida las palabras revestidas de crueldad.

Felizmente, están las maestras como mi madre, Rosa, llenas de compromiso con su vocación y el anhelo de la transformación social desde el aula. Y la maestra y poeta que, cuando niña, no resintió con el padre, aunque este la abandonara; incluso, aprendió de él la pasión por los versos. Gabriela Mistral recibió el Nobel "por su poesía lírica que, inspirada por poderosas emociones, ha convertido su nombre en un símbolo de las aspiraciones idealistas de todo el mundo

latinoamericano". Leí su *Caperucita Roja* y me quedé con esta estrofa en la memoria.

> Caperucita ha entrado, olorosa de bayas.
> Le tiemblan en la mano gajos de salvia en flor.
> "Deja los pastelitos; ven a entibiarme el lecho".
> Caperucita cede al reclamo de amor.

Pasaban los días y, me vi produciendo poesía para otro taller del Fondo de Cultura Económica. Una vez que fueron aprobados y felicitados mis poemas, me puse a revisarlos poco antes de trazar estas líneas y, para sorpresa, esto encontré en una de las estrofas de mi "Imperfecta":

> Volviste a pedir la canastita de los dulces.
> Volviste a dejarme sin pasteles y, sin cesto.
> Sin caperuza.

De Lima a Polonia. Mi hermano, Hugo Martín, vive allá y lo recordé al leer a Wislawa Szymborska. Esta mujer persistente, recibió el Nobel "por su poesía que, con precisión irónica, permite que los contextos histórico y biológico salgan a la luz en los fragmentos de la realidad humana".

Leyendo y escuchando la explicación de su distinguible aporte, sonreía y, casi al mismo

tiempo, recordaba los días en que, desde distintos países, nos reunimos todos en Madrid, la Navidad pasada. Chío, Joanna, Martín, Mario, mis hijos Swanne y Joan, y yo, quisimos acompañar a Fabby, animándola en su proceso de recuperación del cáncer. Con Wislawa, me palpitaron estos versos, aunque sea una incrédula de todo lo que envuelve a la casualidad:

> Soy la que soy.
> Casualidad inconcebible
> como todas las casualidades.

Cerca al final de mi texto, no podía faltar una princesa, pero la *Bella durmiente* de Elfriede Jelinek. Esa protagonista llegó para gritar su inconformismo y criticar lo absurdo de los clichés de la sociedad.

> Príncipe: Se me ha dicho que debía acudir a su presencia y besarla y, después, ver qué pasaba. Que ya vería yo. Siempre puede hacerse algo. Lo que estoy viendo me gusta mucho; de momento puedo decir que ha valido la pena. Yo soy el poder…

Recordando el modelo lector de mi padre, Hugo Osorio, puedo decir que mientras siga leyendo y escribiendo con arte y dedicación, compartiré

la trascendencia de las grandiosas mujeres del Nobel. ¡Yo tengo el poder!

¿Mujeres valientes o inteligentes?

Rafaela Delgado

Catalogar de valiente a una mujer que dice cuando siente y piensa, que no calla sino que se expresa, genera que se diluyan o quizás se pierdan las reflexiones que pudieran desatarse por sus verdades. El escucha que llama "valiente" a una mujer decidora de viejas o nuevas verdades conduce a admirar el carácter de esa mujer, pero le pone una etiqueta que anula el fondo de lo escuchado y pasa por alto la inteligencia y el esfuerzo.

No me gusta pensar en las mujeres que hemos leído en este curso sobre las Premio Nobel de Literatura, como escribientes por valentía; yo las veo hablando desde el talento y el esfuerzo. No las imagino valientes, no las imagino con miedo a vencer, es decir, no es ese el principal sentimiento que me figuro. Imagino a las nobeles, mucho antes de serlo, con los latidos a mil por dar a conocer sus obras, por hacer notar una nueva verdad elaborada letra a letra. Las imagino preparándose concentradas y usando con habilidad sus mejores armas literarias.

Tan preparadas como una cantante que se sabe la letra, las notas y los tiempos a la perfección, como una ingeniera armada de su base de datos geográfica para demostrar el avance de su obra o una cocinera vieja que sonriente y sentada en una esquina dicta y dirige la preparación de su mejor plato… No es valentía, fue claridad.

Estas mujeres de manera consistente estudiaron, investigaron, trabajaron y elaboraron ideas y abstracciones que luego escribieron con voluntad de estilo y plena intención literaria; ahí están sus cuentos, novelas, crónicas, clases maestras, discursos, poemas, ensayos o cartas personales. Las he imaginado también con sentido del humor viendo con condescendencia escapar un buen párrafo como un pequeño reptil escabulléndose detrás de una piedra, riéndose de sí mismas. Sus palabras y estilos trazaron senderos, puentes y quizás (¿por qué no?) barreras y murallas, pues las verdades, contrariamente a lo que la lógica dictaría, no siempre acercan.

Seguramente las escritoras provocaron admiración o rabia, y no eran valientes porque no necesitaron serlo, confiadas en lo que hacían, o incluso más de una vez aspirando y deseando la confrontación.

Centradas en su necesidad, su deseo o simplemente en su poder consciente de saber que su hacer está haciéndose bien. He llegado a ver, en los mejores momentos de las lecturas escogidas por Juan Manuel, nuestro profesor, las sonrisas de satisfacción de esas escritoras cuando dieron por terminados sus mejores párrafos, cuando encontraron el título correcto para su obra o cuando pudieron abstraer un concepto hacia la frontera más cercana de cómo lo vivían.

Los párrafos anteriores quizás refieren una cuestión que ha perdido vigencia en otras realidades socioculturales, pero estoy segura de que en Lima, en especial con respecto a todo el Perú, se necesita una reflexión de este tipo. Desde no expresar una postura para evitar molestar o aceptar la invitación a un sitio, incluso sabiendo que no se podrá asistir, hasta callarse en una reunión para evitar rivalidades o dejar pasar el contexto de defender a alguien que está siendo maltratado. Somos más adictos a la expresión indirecta y rajona, esa que sucede en la incomodidad del pasillo, en vez de la queja concreta y rotunda con el posible responsable; menos aún, proclives a exponer las verdades sin oblicuidad en las mesas abiertas. Entonces si en

tu día a día eres así, proclamas valentía, porque te parece algo excepcional obrar con franqueza y claridad. Los limeños le dicen valentía a las ideas buenas que se manifiestan y que ellos no las especificaron porque nunca las pensaron así; no obstante, al hablar de valentía se hace pasar por una cosa trivial lo expresado, como si cualquiera pudiera haber dicho lo mismo, pero solo adolecía de un poquito de desparpajo.

Esta visión de la valentía, a lo mejor discrepante e incómoda frente a la convención, se me reveló con plena transparencia ante la lectura de Toni Morrison: si ella forzaba su talento, si cada parte de su obra era un ladrillo más para levantar tremenda fortaleza de ideas, ¿necesitaba ser valiente?

* * *

Con Herta Müller, con Herta, sonreí porque me parecía que sus palabras hablaban de la belleza de los manuales, las especificaciones técnicas; por mi trabajo, a veces debo elegir la lectura de algunos, aunque no suelo incluirlos en mi conteo de los libros del año, desprovistos como están de una intención literaria. Sin embargo, puesta la

sonrisa en mi rostro, quizás debo abrir el margen de mi contabilidad libresca a estos documentos cuyo desafío ahora percibo de otra manera.

Herta despliega mi memoria: recordé con ella el amor práctico de mi madre, la ternura indirecta, aquella ternura que se sobreentiende; hablo de la felicitación escasa y solo para ocasiones especiales. Me detengo aquí, es decir, lo hace mi recordación: también está el cariño explícito, el beso, el abrazo, el hablar en público de los logros de sus hijas. A su vez, sin mi papá no nos hubiésemos dado tanto vuelo emocional; sin embargo, todos los halagos fueron para la fortaleza y coraje de mi madre… por lo menos, a ella sí le decían inteligente, aunque eso anulaba, para muchos, todas las inteligencias de mi padre. Ya pasado el tiempo sonrío, ese sonreír otra vez con Herta, y agradezco.

* * *

Pienso, jugueteo nuevamente con el pasado, hubiese querido leer a Selma Lagerlöf de niña, repasar sus líneas antes de cada visita a mis abuelos en el campo. En esa casa, que nos albergaba durante las vacaciones, escuchábamos a las galli-

nas hablar entre sí mientras les dábamos de comer; que no entendiéramos lo que se decían nunca impidió que ensayáramos palabras con ellas y con la yegua: ese rogarle que se mantuviera quieta mientras buscábamos montarla a pelo.

Todas las casas tenían una higuera y estaba prohibido aproximarse a provocar al dueño, al duendecillo, pues podía molestarse y decidirse a robar al primer bebé recién nacido que encontrara. Eso sí, si por ventura o desgracia te encontrabas con el duende en tu camino, podías invitarle un pedazo de pan que tuvieras a mano; incluso, recibirle una zanahoria recién cosechada por él mismo, bajo la condición de jamás contarle a nadie la aventura. El duende, mal que bien, entendía el trueque, y si es que no sonreías ni le tenías miedo, todo quedaría en una mera transacción comercial sin mayores consecuencias.

Muchos niños esperaron, muchos niños volteaban esperanzados ante un ruido en la higuera, pero allí quedaba todo; mientras que otros vivían la posibilidad de la existencia de estos entes con miedo en vez de apertura. Hay quienes decían que podían estar emparentados con los diablos, y nadie quería ofender a la iglesia ni

convertirse en un compactado; a la sazón, un humano con mucha suerte luego de que entregara su alma, a lo Fausto.

Leyendo a Selma de niña, se me hubiese ocurrido que alguien que poseía una higuera, podría responder secretos de la ciencia. Entonces, estaría ahora escribiendo que mis primeras clases de Geología me las dio un duendecillo, ganada por el ámbito rural de aquellas vacaciones de infancia y ganada asimismo por el hálito fantástico de la escritora sueca. No sucedió así, o quizás de algún modo lo fue: recuerdo aquellas calizas y calcitas, que se encontraban en la base de la acequia, y que habiéndolas yo catalogado como mis gemas solo por su lindo color y siendo tan numerosas merecían la ayuda de mi padre para depurarlas. Esto llenaba mi día en las vísperas de la partida, finalizadas las vacaciones con los abuelos, al día siguiente había que salir caminando a la carretera afirmada para tomar el bus hacia el pueblo. Atrás quedaba la higuera. Delante tenía, décadas después, *El maravilloso viaje de Nils Holgersson*.

* * *

Para terminar, proclamo que me reafirmo en el "no sé" de Wislawa, no como expresión de inseguridad sino como búsqueda de conocimiento en tanto nexo de eternidad. Indagar, escudriñar, investigar, no siempre encontrando lo que se busca… el "no sé" de la poeta polaca es un pivote de sostenibilidad personal, y sostén del proceso de mejora continua de la sociedad. Es cosa de inteligencia, por encima de la valentía.

Una aparente dicotomía: Herta y Alice

Sara Vilchez

Siempre habrá mujeres que inspiran. Conocerlas fue una gran inspiración. Mujeres que ganaron el Premio Nobel de Literatura en un mundo desarrollado para hombres y reformado para las mujeres también, reconforta y motiva. Conocer a las 15 Nobel me dio lo que busco y sigo buscando: respuestas.

Cualquier persona antifeminista o que dé poca o ninguna importancia al asunto de la igualdad y su lucha constante, podría decir que hoy por hoy las mujeres escriben de todo. Sin duda. ¿De qué podemos escribir nosotras, las mujeres? Obvio que de todo. Pero hacerlo como ellas, solo ellas… es meritorio que sea reconocido con un galardón tan importante como lo es un Premio Nobel. Quedé prendada de los discursos, de los fragmentos compartidos; no obstante, escogí a dos con estilos diferentes, aparentemente distantes: Herta Müller y Alice Munro.

Descubrir a Herta Müller, fue revelador. De pequeña, en los cursos de arte, lo que mejor sabía era hacer *collages*. Disfrutaba hacerlos. La

dedicación que pones al realizar un *collage* es muestra de entrega. Al igual que Herta, soy una mujer entregada. Descubrí, también, que escribo en *collage*. Mis fragmentos tienen matices de dolor, otro poco de sarcasmo, algo de humor, un tanto de nerviosismo y una pizca de ritmo: un *collage* de emociones, sensaciones, pareceres y experiencias.

Caí en la cuenta de todo esto al encontrarme con el discurso de Herta. La historia sobre la elaboración del *collage* para su amigo Oskar Pastior, el significado de un pañuelo, la marginación durante su trabajo en la fábrica; *all rolled into one*, como se diría en inglés. Leer aquel discurso e investigar un poco más sobre ella, me recordó los *collages* que elaboré para mis amigas, mis profesoras, mi mamá, mi papá. Luego vendrían los *collages* para los amores pasajeros que transitaron por mi vida. Tengo una letra de horror, mis dibujos para cualquier psicólogo serían un serio diagnóstico de una persona no evolucionada; siempre fui consciente de ello. El *collage* me salvó.

No sabía dibujar las letras, pero sí escoger las mejores para transmitir lo que mis sentimientos

gritaban, para revelar mis afectos y dar una señal de "me importas mucho". La dedicación que se pone a un *collage* es la misma que pones cuando te entregas con pasión a cuanto haces en la vida. Cuidas los detalles. Sobre todo, que las imágenes y las letras que, si bien no son tuyas, al colocarlas juntas se convierten en una creación de tu entrega y porta tu sello personal.

Admiro a las escritoras que pueden narrar con voz masculina, como lo hace Herta. Admiro la verosimilitud con que reviste al personaje narrador, en lo que hasta ahora tengo leído de *Todo lo que tengo lo llevo conmigo*, sí me la creo que es un hombre atormentado por sus instintos sexuales reprimidos para la época, quien me está contando cómo lo sobrellevó.

Conociendo a Herta, también por imágenes, veo una mujer con mirada fija, algo sombría, con una expresión a veces dura, a veces seria, otras moderada. Aquella mirada inmutable erróneamente podría creerse que se debe a las duras experiencias vividas durante la guerra y otras inclementes situaciones que padeció ella y su familia. Aquella mujer de expresión dura, vejada por la vida que le tocó, alberga amor y ternura, para muestra de

ello: sus *collages*. Gracias a Herta, no me avergüenzo de los míos. Herta me ha dado nuevos retos: terminar *Todo lo que tengo lo llevo conmigo*, visitar su museo y leerla en *Hoy hubiera preferido no encontrarme a mí misma*. Deleite a futuro, estoy segura.

En cuanto a Alice, debo decir que me reencontré con ella. Estilo diferente al de Herta, y desde otros escenarios, muy tranquilos y apacibles, distintos a los de una fábrica o campos de trabajos forzados; Alice muestra a su vez la angustia, la tragedia, la tristeza, la abnegación con que debemos lidiar las mujeres día a día. En lo cotidiano y en el sosiego también es posible albergar los más bajos instintos, deseos de venganza, rencor.

A Alice la conocí con *Amistad de juventud* y *Demasiada felicidad*, las cuales leí en diferentes etapas de mi vida. Me atraparon. El cuento de "Agárrame muy fuerte, no me sueltes" me llevó por campos y escenarios rurales donde el sonido de la naturaleza cura todo, menos el alma. Una mujer que buscaba enfrentar la verdad: la infidelidad de su difunto esposo. Aquella infidelidad que tenía nombre, cabello rubio y era

la propietaria del hotel donde Hazel, la viuda, se hospedó. Un relato con matices de ternura, dulzura, descripciones al detalle de un lugar entrañable, que aún así no lograban disipar el dolor por el engaño vivido. Con los relatos de *Demasiada felicidad* pude ratificar cuanto Alice me enseñó desde que comencé a leerla: en un hermoso y apacible lugar también se mina la felicidad y se ahoga la tranquilidad. Y es que, por más que sean escenarios comunes como granjas, campos, comunidades campesinas o pueblitos, desde lo más cotidiano hasta lo más extremo, el coraje y la resiliencia de las mujeres es la misma.

Ambas ganadores del Nobel escriben desde sus experiencias y de lo que las rodea. Con una aparente dicotomía entre sus estilos de narrar, lo duro y cruel que puede ser la vida de una mujer y como logra superar obstáculos. Entre sus expresiones severas y asimismo tiernas, ambas mujeres describen desde la ficción lo que duele y preocupa en una la vida real.

A lo largo del taller, no pude evitar pensar en que cada sesión era una muestra de *collage* y dicotomía. Todos con opiniones y formas de pensar diferentes, en lugares distantes, climas

opuestos; algunos más valientes que otros para expresarse, todos perteneciendo a un mismo grupo: el taller de las 15 Nobel. Unidos por una misma causa. Al vernos en la pantalla, éramos un peculiar *collage* que expresaba lo que este taller significó para todos: deleite por el descubrimiento y reencuentro con mujeres que tuvieron algo importante que decir y fueron escuchadas; ahora son inspiración para muchas de nosotras. Gracias, nóbeles. Gracias, Juan Manuel.

Fragmentos de correspondencias conmigo misma mientras me miro al espejo

Sonia Rico

Yo para escribir necesito mirarme al espejo. Preguntarme cosas. Aceptar mis obsesiones. Amar lo que son porque son parte de mí.

Y cuando me miro al espejo el reflejo me devuelve a una mujer fragmentada pero no rota. Fragmentada por todos los pedazos de vida que me tocó compartir con otras personas que pasaron de largo o se quedaron un rato. En este sentido me veo como un retrato cubista parecido al que pintó Picasso de Dora Maar, que encierra todas las perspectivas para que una pueda elegir con cual quedarse ese día como quien cambia de falda o de bolso.

Tengo decenas de bolsos. Algunos regalados, otros comprados, otros ganados en un sorteo, hasta uno *vintage* heredado de mi abuela. Ese, el heredado, es que el más me gusta. Y la pregunta es inevitable. ¿Qué ha contenido ese bolso en la época en que mi abuela lo utilizaba? Me imagino que un pequeño portamonedas, unos polvos de arroz para el rostro, ya que sé que ella los utilizaba, carmín para sus finos labios, quizás

un peine pero lo que es seguro es que llevaba un pañuelo.

Nunca vi a mi abuela llevar ese bolso que me tocó en herencia lo que sí recuerdo es que ella siempre llevaba un pañuelo de hilo blanco, con puntilla, en un bolsillo de su falda y hasta entre sus abundantes pechos la había visto yo esconderlo, discretamente. Y me parecía un gesto tan sexy y transparente a la vez.

Volviendo a este rostro mío fragmentado, que no roto. Pienso al mirarme, mientras me toco las mejillas, que puede ser un *collage*. Como los que hacía Herta Müller. Un *collage* que contiene lágrimas, deseo, sonrisas, árboles que dejé atrás al pasar, olores a tabaco y perfume, quilos de carmín, sudores ajenos en mis mejillas, y besos, muchos besos depositados a veces con ternura otras con deseo. Un rostro al que muchos han querido devorar pero que se conserva intacto porque está fragmentado, pareciera, pero no roto, me digo a mi misma mientras me miro en el espejo.

Ahora mientras me miro me doy cuenta de cuantas veces otros han intentado pintar mi

rostro, este *collage* que está hecho a pedazos. Con sus emociones, con sus expectativas sobre mí, han querido hacer su propio retrato de otras que no soy yo porque aunque se pueda jugar con los trozos, aunque a ellos les parezca que pueden ponerlos, unirlos, quitarlos a su gusto en realidad, no pueden, es un espejismo, nunca ningún hombre pudo hacerlo.

Soy yo quien me construyo cuando me miro. Yo y solo yo puedo dibujar este rostro a mi antojo. Yo puedo coger ese pañuelo que siempre llevo en mi bolso y borrar en un segundo lo que creen que ven y ser otra en un instante.

Soy yo quien me construyo con cada palabra y con cada silencio.

Si me preguntan dos veces seguidas qué contiene mi bolso diré que "no sé". Porque ese bolso ha contenido muchas cosas según el momento, según quién era y quién soy. Puede contener ropa interior si preveo pasar la noche fuera, o una crema de manos si pienso que el vuelo va a resecar mi piel, o licor si sé que voy a llevar malas noticias.

Y prefiero que sea así y contestar que "no sé "porque la mujer fragmentada que soy se alimenta de eso, de tirar del hilo del "no sé" para saber más, para dejar que la curiosidad me conduzca a un acantilado, a la barra de un bar, a la casa de alguien que sé que no me quiere, o a un convento.

Todo lo que cuento y todo lo que no cuento.

No sé.

La escritora vive aquí. La soñadora vive aquí. La recolectora de plantas. La bruja sin bola de cristal. La amante de Bill Evans. La que avanza. La que llora por nada. La que guarda su corazón en su bolso junto con su pañuelo. La que se bloquea por las mañanas. La que no entiende nada. La de la respuesta elocuente. La que desearía ser otra pero en seguida se arrepiente. La que quiere tatuarse y no se atreve. La que quiere estar aquí y allí. La que tiene fe, fe en la vida, sin saberlo. La que no sabe. La escritura vive aquí.

Hay mil maneras de iniciar un párrafo, o una novela, o una historia de amor (o de desamor) pero este quiero empezarlo con la duda, con el paréntesis que me arroja a la pregunta de quién

soy realmente y si sé qué quiero o si creo que lo sé pero en realidad no tengo ni idea y solo voy pasando fragmentos de vida a mayor o menor velocidad. Escribiéndome postales de vida a mí misma. Archivando esa postal como si fueran fotos guardadas en una caja. Esas postales que revuelvo cada cierto tiempo, cuando tengo hambre o cuando tengo sed (o ninguna de las dos cosas) y que me invitan a cerrar los ojos y recordar a aquel que jugaba conmigo porque siempre me decía A cuando en realidad me quería decir B. Y él jugaba a que yo lo averiguara pero nunca supe leer entre líneas, pese a ser escritora.

Abro la caja de postales de vida y me encuentro el diminuto pene del *David* de Miguel Ángel, la pastilla de jabón verde oliva de San Miniatto Almonte, el agua hasta mis rodillas en la Plaza de San Marcos, el olor de unos espetos llegando hacia mí en una playa de Torremolinos, los cuervos negros por decenas como motas negras sobre el manto verde de Cork, la sensación de estar en el fin del mundo en la Isla de Mull, una sonrisa amable cazada al vuelo en el barrio de la Alfama, el aroma a masa madre de las hogazas de pan al pasar por una tahona en Asturias, el cielo amenazante y violento

en Skansen, la mirada escrutadora de Bulgakov sobre mí en su apartamento de Moscú, el hambre de Ana Frank en el altillo de Amsterdam, el deseo por una Coca Cola en la época comunista en Budapest, apoyar mi cabeza en la misma mesa donde Simone de Beauvoir escribía su textos en el Café de Flore, descubrir la palmera que inspiró a Stevenson para escribir *La isla del tesoro* en Edimburgo, la humedad hurgando en mi cerebro en el ambiente del Limerick, el azul turquesa de una cala en Menorca, el góspel a pleno pulmón arropada por una comunidad en Harlem, el olor a mar auténtico en Cádiz, la olla podrida al fuego en casa de Lope de Vega…y todo, todo lo que no cuento porque no se puede.

Y todo, todo esto está en mis labios (y no lo sabes) como un secreto que quieres descubrir de manera obsesiva solo porque has sido mi amante y no puedes porque aun no te he invitado a mi jardín literario.

¿Cómo quieres que te muestre lo que llevo en mi bolso? Creo que ahora lo entiendes porque son muchas las mudanzas, los pisos, las casas, los viajes, los desplazamientos y en todo este tiempo fragmentado, como mi rostro, a modo

de microvidas pero solo ha habido y hay una casa a la que siempre, siempre, siempre puedo volver, una casa donde me siento segura y esa casa es la literatura.

Ya te habrás dando cuenta.

Esto no es un cuento popular, esto no es un cuento tradicional.

Esto no es un cuento es tan solo mi vida que me cuento a mi misma ante el espejo.

La libertad de ser tú misma, las Nobel

Violeta Gonzales Blanco

No hay barrera, cerradura ni cerrojo que puedas imponer a la libertad de mi mente.
VIRGINIA WOOLF

En medio de una pandemia surge esta maravillosa posibilidad: el acercamiento, estudio o repaso de mis congéneres, mujeres que han contribuido gracias al desapego de su escritura, y desde diversos atrios, con sus posturas completamente humanas frente a las diferencias étnicas, de género, maternidad, pareja, familia, diversidad y al no bien visto feminismo, incluso por algunas de nosotras mismas.

Un paseo bien elaborado, creado por nuestro querido escritor y profesor Juan Manuel Chávez: iniciar con Lagerlöf, Selma (Nobel de 1909) y "…la percepción espiritual que caracteriza sus escritos". Ella arranca mostrándonos su ansiedad por acudir a recoger el Premio Nobel de Literatura y la angustia, mientras se acerca el momento de brindar su discurso. No dejo de hacer un paralelo de entonces a ahora con lo que Selma sintió en aquella época en que las mujeres luchaban por su identidad.

Buck, Pearl (1938) y coincido con su creencia sobre lo asiático iluminando a Occidente, no solo en la literatura, en la vida y lo espiritual. Nos transmite valores familiares, trabajo ejemplar de generaciones, formas con que se mantenían en los siglos anteriores. Hoy nuestros hijos solo buscan independizarse y permanecer lejos de los padres, una situación que aún nos atemoriza.

Morrison, Toni (1993) y "El lenguaje nunca puede coincidir completamente con la vida […]. El lenguaje nunca puede fotografiar la esclavitud, el genocidio, la guerra…" Toni, con su experiencia de discriminación, trasluce las diferencias perceptibles de una comunidad que aún es terriblemente abusada. A diecisiete años de su discurso, se produjeron marchas en EE. UU. para salvaguardar la vida de personas de color, en un lenguaje que cae en el vacío, sin comunicar, con la frustración de no ser escuchada la petición de igualdad racial.

Mistral, Gabriela (1945), de quien impacta su vida, su país la rechaza y ella se convierte en una migrante que muestra una nobleza gigante al agradecer a ese mismo país en su discurso. Una muestra de mujer valiente y generosa.

Lessing, Doris (2007) y "El creador de historias siempre va con nosotros […]. El narrador sobrevivirá, porque nuestra imaginación nos determina, nos sustenta, nos crea: para bien o para mal y para siempre". Doris me despierta una compasión especial por una comunidad que empieza a visibilizarse, las diferentes inteligencias, la discapacidad intelectual. *El Quinto hijo*, su asombrosa novela, merece una lectura y análisis detallado de quien conozca de cerca la diversidad de pensamiento y su desarrollo.

Müller, Herta (2009), quien creció rodeada de silencio por su historia parental, nos ofrece escritos que poseen tanto de realidad como de ficción. Una de las más galardonadas por su prosa poética, miembro de la Academia Alemana de Oratoria y Literatura. Encontramos al leerla las voces de los oprimidos en el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial.

Gordimer, Nadine (1991) y "¿Será que no hay otra manera de llegar a un entendimiento más que a través del arte?". Una gran premisa sobre todo dentro del género femenino, Nadine gatilla la lucha de las mujeres por igualdad de derechos, en su caso agudizada por la segrega-

ción racial en Sudáfrica; su literatura es reconocida, qué duda cabe, como un gran beneficio para la humanidad.

Deledda, Grazia (1926) y "He tenido todas las cosas que una mujer puede pedir al destino, pero sobre todo la fortuna de fe en la vida y en Dios"; es una mujer que agradece su fortuna espiritual. De su literatura, extensa y llena de detalles físicos, puedo tomar una antítesis con Chéjov y su economía de recursos lingüísticos; los relatos cortos en los que Ánton nos transporta a vivencias completas, una pequeña historia que puede ser trasladada a la complejidad de nuestra humanidad. Mientras que en *Cósima*, su novela póstuma, Grazia no termina con el inventario.

Szymborska, Wislawa (1996) es poesía y un discurso que nos muestra lo complicado que resulta para los poetas su reconocimiento como tales, quienes deben disfrazar su oficio cuando de preguntas sobre su identificación se trata. Además de conocer a través de sus palabras a Joseph Brodsky, quien sufrió brutales humillaciones por defender su condición de poeta. El año que él fallece, ella gana el Premio Nobel de Literatura. Wislawa nos impulsa fuertemen-

te con su potente "No sé"; asimismo, nos deja la curiosidad como una poderosa herramienta para avanzar en el interés de aprender, sea cual fuere nuestra profesión.

Undset, Sigrid (1928), de quien la Academia menciona que es galardonada "Principalmente por sus poderosas descripciones de la vida en el norte durante la Edad Media". Una premisa que encontramos de modo equivalente en el discurso de Sigrid: "La tecnología moderna aún no se ha entrometido por completo en la humanidad del norte" Al examinar un poco su historia, encontramos una mujer activista de derechos: sociales, políticos y laborales de su género. Con declaraciones feministas, fue de las primeras en pertenecer a la clase trabajadora que percibía un salario. Surge un paralelo hermoso entre Sigrid y Virginia Woolf, pues ambas nacen el mismo año y ambas luchan por la independencia de la mujer; las coincidencias en sus publicaciones abren camino a las cuestiones de igualdad de derechos humanos.

Alexievich, Svetlana (2015) y "A menudo me han dicho, incluso ahora, que lo que escribo no es literatura, que es un documento […]. El contenido se forma de rupturas. Se quiebra y se transfor-

ma". Con un discurso honesto sobre el amor de las mujeres, dispuestas a recibir a sus hombres sin importar sus cuerpos mutilados luego de la Segunda Guerra Mundial. Con personas que vivían en la muerte, luego de la explosión de una planta nuclear de Chernóbil en 1986, Svetlana a veces prefería no haber sido el oído humano; en suma, volver a su estado previo a ese escuchar cada historia de dolor. Nos deja, mediante sus libros, su amor por la voz humana.

Sachs, Nelly (1966) con un discurso que nos permite conocer su lazo con Selma Lagerlöf, quien consiguió que salvasen a Nelly de un campo de concentración nazi. Esta historia nos muestra que hay en ella una poeta con los dolores desde sus tantas pérdidas.

Munro, Alice (2013) y "su bien afinado arte de narrar historias cortas, caracterizado por un estilo claro y un realismo psicológico". Una escritora que se caracteriza por su narrativa breve; Alice es precisa desde lo emocional, directa y concreta en la descripción de los eventos. Brindó una entrevista para la Academia, en que muestra las cualidades de su humildad; una persona que proviene de una familia de clase

trabajadora, la cual contribuyó a su formación con sus historias orales… Alice luego las convirtió en prosa. Cabe agregar que algunos críticos comparan a Alice con Chéjov en la precisión de los relatos cortos.

Jelinek, Elfriede (2004), que es novelista y dramaturga con estudios de cine. Sus obras contienen una prolífica producción de esta mezcla creativa. Elfriede, la décima mujer premiada con el Nobel de Literatura, es considerada una feminista radical y ella se siente muy a gusto con esta calificación; querida y repudiada en partes iguales, cuestionada a su vez por sus intervenciones políticas. Ella se reafirma en presentarnos textos donde define claramente la desigualdad y la opresión de la mujer. En su discurso toma protagonismo su lengua, como la verdadera autora de tanta irreverencia.

Tokarczuk, Olga (2018) y "Mi madre me dijo que estaba triste porque aún no había nacido, pero ya me extrañaba". Hay un antes y un después del discurso del Nobel al leer a Olga, constatar esa vena ligada a su madre sensibiliza las lecturas. Olga es una profesional de la salud mental que prefirió dejar los sanatorios para de-

dicarse a sus propios temas: los desarraigos, el movimiento y los nombres rebautizados. Existe, ¡aquí está! Llega para seguir explorando su autobiografía, viajes, cuentos, filosofía, mapas, dibujos y astrología; de aquellas que te invita a seguir hacia los confines de tu propia mente.

A través del desarrollo de este documento final, al término del taller, muestro el deseo de seguir evidenciando causas, aquellas reiniciadas en una segunda ola del feminismo en los setentas, satisfecha de los diferentes géneros literarios que cada galardonada por la Academia Sueca nos regala a lo largo de la nutrida bibliografía.

Encontré material que apoya premisas feministas, no hay una lucha de competencia, sino un equipo que se forma durante años: activistas por la igualdad de derechos y el reconocimiento de la complejidad de ser mujer. La libertad de ser tú misma, un desafío que continúa, vuelve a través de las llamadas "sufragistas" que abren camino a las feministas, mujeres que también mediante el arte y no solo de la literatura encuentran espacios donde mostrar toda su disconformidad.

Decididas a aprovechar nuestra oportunidad

Zoinda Vergaray

Selma Lagerlöf recibió el encargo del consejo de educación de Suecia para escribir un libro de lectura para niños de primaria. El contenido del libro serviría para la enseñanza de la geografía, las tradiciones y el folclore de su país. La escritora supo aprovechar estas circunstancias e introdujo entre sus páginas un personaje central llamado Nils, con lo cual lograba una lectura entretenida y de gusto por lo desconocido. El personaje viajó, junto a patos silvestres (o gansos u ocas), por diferentes territorios: ríos, montañas, lagos, valles; al mismo tiempo que describía la fauna, costumbres, danzas, música de cada región y el modo de sobrevivencia con diálogos de cualidad instructiva; siempre haciendo relevante el esfuerzo, la valentía y decisión. Encontrar una combinación entre lo real y lo imaginario, mostrando pureza y claridad expresiva es apasionante, te cautiva desde el inicio. Una siente estar viviendo las escenas de la naturaleza que da origen a esta novela de Lagerlöf.

El caudal creativo, imaginativo e idealismo de la autora es tan rico que, sin lugar a dudas, supo cautivar el interés de los niños para leer,

aprender sobre geografía, descubrir la belleza de la naturaleza y asumir un germinal sentido de responsabilidad por la conservación ecológica y cultural de una manera didáctica. *El maravilloso viaje de Nils Holgersson a través de Suecia* ayudó a los niños, que luego se harían mayores, a identificarse y amar a su país. Entre sus méritos está la trascendencia.

La descripción de los campos de cultivo en forma de grandes y pequeños cuadros, los trigales en gavilla y los rastrojos, son escenas que me remontaron a los campos agrícolas del pequeño fundo de mi abuelita materna cerca del pueblo donde vivíamos. Mientras leía, disfrutaba los recuerdos que evocaba de mi niñez: los sembríos del trigo y cebada, los periodos de cultivo, la cosecha y el traslado del trigo a los gigantescos molinos de piedra que lo transformarían en harina para, finalmente, ser parte de los deliciosos panes que ella preparaba. Al mismo tiempo, venían a mi mente el cacareo de las gallinas, el quiquiriquí del gallo, el mugir de las vacas, el graznido de los patos.

De la mano de Lagerlöf y su novela, me vi transportada a los años de mi niñez, siguiendo a

los patos por los arroyos junto a la pequeña casa del campo, echar los granos de maíz a las gallinas y recoger huevos frescos. También recordé los cuentos que me contaban antes de dormir. ¿No hace eso la escritora sueca en cada una de sus páginas, un narrar como si fuera oral por la sencillez y persuasión de su tono? Vino a mi mente la historia del duende que saltarín y contento subía a un árbol; en mi memoria titilaba la hermosura de "El pájaro que habla, el árbol que canta y el agua de oro". Estaba maravillada, por eso fue una grata sorpresa recordarlo; gracias a la tecnología, descubrí que aquel relato pertenece al libro *Las mil y una noches*. No cabía de contenta por el hallazgo, pasadas tantas décadas, que lo leí y lo releí. Un libro me llevó a otro, un libro me llevaba a mis recuerdos de chiquititud; mi abuelita, claro está, no sabía del origen árabe de la historia con que acompaño mis noches, porque para ella era un cuento que le contaron de pequeña y que quiso compartir con su nieta.

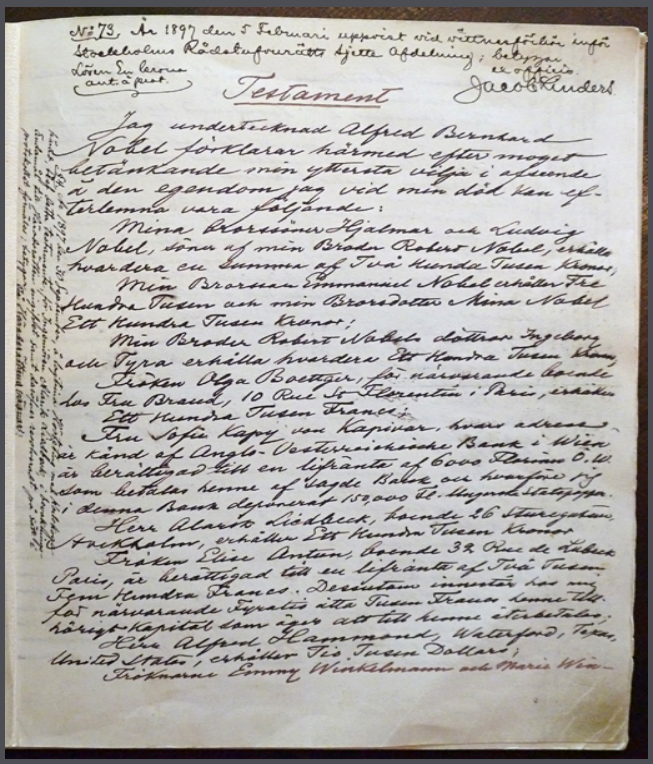
Estos grandes momentos de remembranzas me visitaron con la añoranza de los tiempos de interrelación con los abuelos, vivencias llenas de inocencia y afecto al abrigo de los tizones de leña. Comparar con el presente resulta incómodo, pero vemos un

cambio abismal. Un niño de hoy no le pide a su abuelita que le cuente cuentos, irá a sus dispositivos digitales para encontrar rápidamente lo que busca, dando por satisfecha su curiosidad. La tecnología de hoy es asombrosa; también paradójica.

A las personas de mi generación nos ha costado y nos sigue costando acostumbrarnos a la tecnología, aunque gracias a ella la comunicación es muy valiosa. Y es precisamente el paso de la máquina de escribir al portátil, del telegrama a la correspondencia hasta llegar al mensaje de texto, las guerras y los pocos aciertos del ser humano por mejorar la vida de los demás, lo que me ha permitido comprender el desarrollo de las escritoras del siglo XX hasta nuestros días. Me lo han dicho con sus textos, con su lucha, con sus discursos: hemos estado ahí siempre, contando historias a nuestros hijos, sobrinos y nietos como abuelas, como madres, como tías, como hermanas mayores; solo que ahora estamos decididas a aprovechar nuestra oportunidad.

REPRODUCCIÓN DEL TESTAMENTO NOBEL

(Primera página)



Nº 73. År 1897 den 5 Februari upprättat vid vittnesförhör inför Stockholms Rådstufvurätts Tjette Afdelning; betygna
Lösen är lerone
aut à part.

Testament

Jacob Lindert

Jag undertecknad Alfred Bernhard Nobel förklarar härmed efter moget betänkande min yttersta vilja i afseende å den egendom jag vid min död kan efterlemna vara följande:

Mina Brorssöner Hjalmar och Ludwig Nobel, söner af min Broder Robert Nobel, erhålla hvardera en Summa af Två Hundra Tusen Kronor.

Min Brorsdotter Emmanuel Nobel erhåller Fyra Hundra Tusen och min Brorsdotter Mina Nobel Ett Hundra Tusen Kronor;

Min Broder Robert Nobels döttrar Ingeborg och Tyra erhålla hvardera Ett Hundra Tusen Kronor.

Fröken Olga Backaeff, för närvarande boende hos Fru Braud, 10 Rue St Florentin i Paris, erhåller Ett Hundra Tusen Francs;

Fru Sofie Kapy von Kapivar, hvars adress är känd af Anglo-Oesterreichische Bank i Wien är berättigad till en liffränta af 6000 Kronor O. M. som betalas henne af Sagde Bolag och hvarför Jag i denna Bank deponerat 150 000 Kr. Utgjorde stamkapitalet.

Herr Alarik Liedbeck, boende 26 Sturegatan, Stockholm, erhåller Ett Hundra Tusen Kronor.

Fröken Elise Antien, boende 32 Rue de Vaugirard Paris, är berättigad till en liffränta af Två Tusen Francs. Desslutom innestår hos mig Fyra Hundra Francs, hvilka jag för närvarande förpantat åt Fru Braud, hvarför kapitalet som ägs att till henne utbetalas.

Herr Alfred Hammond, Waterford, Texas, United States, erhåller Tre Tusen Dollars;

Fröknarne Emmy Winkelmann och Marie Win-

Extraída de https://www.nobelprize.org/alfred-nobel/full-text-of-alfred-nobels-will-2/



Serie
TALLERES VIRTUALES

ISBN: 978-612-4395-12-3